

Me abrazó tan largamente



Tía Olga decidió morir en pleno golpe de Estado. Escogió como fecha última de su deleitosa e insulsa vida la noche que amaneció en 4 de febrero de 1992 en esta ciudad de Caracas. Estuve tratando de llamarte por teléfono pero, Isabel querida, no paras nunca en tu casa. Agotadas mis posibilidades de dejar mensajes en tu contestadora, y agotadas las de tu contestadora en registrarlos, después de repetidas veces en que sólo se escuchan unos piticos como puntos suspensivos auditivos, decido escribirte en un acto de fe de que mi carta llegue algún día a París.

Pues sí, tía Olga murió. Tenía setenta y ocho años de acuerdo con su pasaporte (la cédula de identidad no la encontramos), pero a todos nos quedaron dudas. Margarita y yo sacamos la cuenta y decidimos que ni uno menos de ochenta y siete. Pensamos —o piensa Margarita, cuya maledicencia es incalmable— que tía Olga, acobardada por el sentimiento de que su vida huía como un perro perseguido, se asomó una tarde a las oscuras aguas del East River, y despidiéndose de su pasaporte con un gesto digno de la reina de Inglaterra contempló la tumba líquida que para siempre alejaría a los curiosos de su verdadera fecha de nacimiento; acto seguido se dirigió a las oficinas del consulado, en el corazón de la Gran Manzana, y situándose de una vez en una temporalidad distinta, solicitó uno nuevo que le fue insólitamente entregado a la mañana siguiente.

Margarita, tú sabes cómo es, suspiró con alivio y dijo “ya descansó”. Yo no recuerdo si dije algo pero tuve una ocurrencia diferente. Desde la muerte de papá y mamá, tía Olga había representado para mí una suerte de heraldo del pasado. Su desaparición fue una campanada, un timbre que despertara la noche, una sensación de despojo, una afirmación de que ahora sí todo se había desvanecido. Siento la injusticia de estas palabras pues evidentemente estoy pensando más en mí que en ella misma, pero no creo haberte ocultado nada, y lo que te he escamoteado ha sido en vano y tú sagazmente lo has descubierto, así que menos en este caso intentaré esconder que la muerte de tía Olga no fue tanto, o casi nada, la pérdida de alguien querido como el punto final que ahora quiero ponerle a nuestra historia.

Debo decirte, de hecho creo que te lo escribí en alguna carta, que cuando tía Olga regresó de Nueva York todos comprendimos que estaba fuera de escena. Sus tropiezos de memoria eran recurrentes hasta llegar a convertirse en verdaderos pantanos en los que se hundía sin remedio. “Tengo un blank, hija”, me decía. La enfermedad de Alzheimer progresa muy rápidamente de modo que pudimos capear el temporal por un tiempo pero pronto se hizo francamente insostenible. No había enfermera que aguantara ni empleada que resistiese. Ella, pobrecita, llamaba a Benita (desde cuándo se murió Benita). Pedro consideró que era necesario internarla, y aunque a Margarita y a mí nos pareció una dureza inconcebible tuvimos que convenir en que sí, en que tenía razón.

Pero quiero llegar sin más preámbulos a la noticia que más te afecta de todo esto y es que tú eres su única heredera. Sí, Isabel, eres bastante rica. Tía Olga no tenía una gran fortuna. Tenía lo que en criollo llamamos “unos reales”, y esos

reales son ahora tuyos. Lo único que tienes que hacer es presentarte en el banco (Pedro te dará los detalles precisos, pues no los tengo a mano) y decirles que tú eres tú, y por lo tanto la dueña del fideicomiso sucesoral —creo que así se llama la cuestión— de tía Olga. Si alguna vez te sentiste la pariente pobre, borra ese sentimiento y disponte a pensar que eres ahora la pariente rica, creo que lo serás mucho más que nosotros. Todos teníamos que tía Olga ya muy deteriorada, como te he explicado, hubiera tomado alguna decisión estrambótica y donado su dinero al Metropolitan Opera o a alguna otra institución que para nada necesitaba la contribución de una vieja y solitaria venezolana que había decidido pasar sus últimos años a la orilla de Plácido Domingo y Kiri Te Kanawa, pero no fue así. Tía Olga fue justa y pensó en nosotros, es decir en ti, pero es igual, pensó en nosotros y fue fiel a su pasado. Encontramos el contrato del fideicomiso entre sus papeles y está clarísimo: la plata es tuya, querida. Supongo que esta noticia apaciguará cualquier nostalgia que la muerte de tía Olga y los recuerdos de este tu lejano país puedan despertarte. Disculpa lo miserable de esa suposición. Con respecto a la envidia, lo mejor es denunciarla ya que todo intento de camuflarla termina siendo inútil. Pedro quiere proponerte algunos negocios. Ya sabes, o quizá no, te lo contaré más adelante, que el divorcio lo dejó en muy mala situación, pero a mí modo de ver, y de Margarita también, no debes hacerle caso. Los hombres siempre piensan que han venido al mundo para dirigir a las mujeres, especialmente a las de su familia, y que esa dirección incluye la económica. No, ni por un momento te pongas a hacer negocios con Pedro, déjalo resolver sus cosas que lo logrará, y llévate tu herencia contigo.

En fin, yo espero que recibas esta carta o que finalmente hayas escuchado a tu contestadora y pueda saber de ti. Más allá de lo ocurrido, más allá de tía Olga, queremos mucho verte. Quiero yo mucho verte, y, aunque parezca imposible de creer, cada vez que he estado a punto de viajar para encontrarte, algo o alguien se ha interpuesto. Tú, por tu lado, no has hecho grandes esfuerzos, es evidente. La única vez en que anunciaste un viaje coincidió con que habíamos salido de Caracas, y aferrada a esa coyuntura lo suspendiste. Todos estos años has argumentado ajustes y estrecheces que te impiden comprar ese pasaje de avión que te devolvería a esta tierra, pero ahora no podrás hacerlo más.

Un inmenso abrazo de

Ana

No tuve necesidad de enviar la carta, y así poner a prueba mi credibilidad en nuestro sistema postal. Una mejor coincidencia se había producido, y esa tarde, la misma tarde en que la escribí, trajo consigo un fax en el que Isabel me comunicaba que había recibido mis mensajes sin poderlos contestar de inmediato porque estaba en Oslo, y hoy, esta noche, regresa. Isabel vuelve a Caracas esta noche. He repetido cien veces esa frase: “Isabel vuelve a Caracas esta noche”. El lector para comprender mi alegría debería tener la bondad de recordar que mi prima Isabel, exiliada por el tiempo, se fue en 1970 a Francia a estudiar estructuralismo y lingüística con Roland Barthes. La lógica de sus motivos conducía a predecir que un cierto tiempo después volvería, pero pasaron muchos años y no regresó. Es bastante el estructuralismo que ha debido aprender desde entonces. Al

principio nos escribíamos todos los meses y nos llamábamos una vez por semana, como era de suponerse la frecuencia fue disminuyendo paulatinamente hasta empalidecer. Comenzamos por abreviar las cartas, por escribir a la mitad las palabras, y a añadir invariablemente coletillas como “te escribo rápido porque estoy muy ocupada”, seguidas de un falso “más adelante te prometo una carta como es debido”. Las llamadas también fueron escaseando —se habían encarecido, dijimos las dos—, y recurrimos a los faxes, pero Isabel argumentaba que las líneas telefónicas son aquí muy malas y siempre le era difícil pasarlos. Lo que respetamos sin fallar una sola vez fue llamarnos los primeros de enero en conmemoración de la fiesta de aquel fin de año que tanto recordamos juntas. Pero hoy regresa a Caracas Isabel, esta misma noche, y voy a recibirla al aeropuerto.

Tengo un gran temor de que no nos reconozcamos. Algunas fotos mutuamente enviadas han servido de testimonio del paso del tiempo, pero aun así no me oculto la angustia de que, cuando me encuentre tratando de sobrevivir entre las personas que esperan al otro lado de la puerta de salida del aeropuerto, me cueste trabajo encontrar entre los pasajeros la seguramente distinguida y europeamente elegante figura de mi prima Isabel.

Espero a una niña. Una niña que baja conmigo la calle bien trazada de un lugar respetable y sereno como entonces. Espero, sobre todo, que Isabel no haya perdido su reacción isabelina que tanto me gustaba, y simultáneamente provocaba mi envidia y la desesperación de mamá. Isabel, lo sé ahora y lo intuía antes, era lo que yo quería y no podía ser. Era otra, era distinta, era ella, y no una parte de nosotros. Rodrigo, mi hijo mayor, ha insistido en acompañarme. Con-

sidera, no sin razón, que una mujer sola no debe bajar a Maiquetía por la noche. Un caucho, un problema de batería, un pequeño accidente y quedará situada al filo del riesgo. Para abreviar discusiones he decidido tomar un taxi. La idea de ser acompañada me quitaría toda emoción, rebajaría mi felicidad a un simple trámite, aceptar un testigo de nuestro encuentro sería arruinarlo. Tengo que darle cuenta de todo, pienso, de todo lo ocurrido. ¿Y qué es lo ocurrido?, a veces me parece que no hay nada que recordar, nada que registrar, que todo ha sido un vendaval. Cuando publiqué mi primera novela se la envié inmediatamente. Era la persona cuya opinión me interesaba más en el mundo, y su comentario me dejó francamente decepcionada. “Me he reído mucho, he llorado mucho”, eso fue todo. Lo recuerdo perfectamente porque subrayé el párrafo de su breve carta. Hubiera esperado, merecido sería la palabra, una llamada pero no ocurrió sino meses después, el consabido primero de enero, y yo, herida por aquella parquedad, no volví al tema. Ni ella tampoco. A lo mejor, sería lo más fácil suponer, no le gustó demasiado y no quiso que yo lo notara, pero, queridísima Isabel, lo que quería no era que a través de ti hablara la voz de Severo Sarduy. Lo que deseaba que me dijeras era si a ti, a mi prima, te había gustado. Si tú, que eras su personaje central, te reconocías y te amabas en sus páginas. Mi psicoanalista, a quien por supuesto le conté el colmo de tu reacción isabelina, opinó que probablemente te causaba un hondo pesar, una envolvente nostalgia que necesitabas dejar atrás para hacer tu nueva vida, y a falta de mejor respuesta decidí aceptarla. Pero ésa me la debes.

Sí, me digo, tengo que contarle todo. Las cartas, y más todavía las llamadas, han sido muy puntuales: “María Josefina

tuvo otra niñita”, “se casó Margarita”, “me caso yo”, “se divorció Pedro”. Las muertes, primero las de los abuelos, y luego, como si obedeciesen a un implacable y breve turno, las de papá y mamá, después la de tía Luisa, tu madre; todas fueron anunciadas, las anuncié de un modo impersonal. Les quité dramatismo, tampoco lo tenían, eran muertes esperadas y esperables. Nosotros, especialmente Margarita que no ha perdido su sentimentalismo, confiábamos en que a la muerte de tía Luisa te dignaras venir. Pero no. Íntimamente pensé que era exasperar la ausencia no asistir al entierro de tu madre pero tuve que tragar la excusa: en Italia, donde trabajabas en ese momento, había huelga de controladores aéreos. Y después, pasado el entierro y el novenario, ¿qué sentido tenía? Ninguno, en efecto. Pedro comentó que, puesto que tía Luisa no dejaba nada, nada te reclamaba. Margarita y yo te defendimos. María Josefina armó un zaperoco, le gritó a Pedro que como él no pensaba sino en el dinero, por eso es que decía lo que decía. Los muchachos, quiero decir mis hijos, los de Margarita y los de María Josefina, no te conocen y no dijeron nada. Se miraron unos a otros, levantaron los hombros en ese gesto de que nada importa aunque se caiga el mundo entero. Mariselita, la hija de Pedro, que se ha educado en Estados Unidos y habla muy bien inglés, pronunció su frase preferida que me saca de mis casillas: *whatever*. Margarita asumió el papel de explicarles a todos —que no fueron muchos los que vinieron a la funeraria—, y sin tiempo a dar ellos el pésame, que una huelga total e impredecible impedía tu presencia. A veces vamos las dos a dejarle unas flores como hacemos con papá y mamá y los abuelos. Mamá siempre tan previsiva, compró los terrenos juntos en el cementerio de La Guairita. Margarita de

vez en cuando advierte “tenemos tiempo que no vamos”, y ya yo sé qué quiere decir.

Pero estoy adoptando un tono que me disgusta porque perturba la alegría que siento esta tarde, la mayor alegría desde hace mucho tiempo. Tengo que contarle todo, me digo, todo lo que ha pasado con nosotros. ¿Y qué ha pasado? Nada fácilmente explicable pero estoy tan contenta de que en algunas horas la veré entre toda la gente que estará llegando de tantos lugares que sólo pienso en una cosa: abrazarla, abrazarme a ella, abrazarnos a las dos muy largamente.

Recolectando todo lo que tenía que contarle a Isabel, comencé insensiblemente a entristecerme hasta que terminé por sentirme absolutamente triste. “Estoy resuelta a quedarme en Caracas —decía el fax—. Tendré que regresar a París para recoger definitivamente mis cosas y luego me quedaré. El año que viene no nos llamaremos el primero de enero, nos sentaremos a mirar muy juntas el Ávila.” La felicidad que me había producido aquella frase era inmensa. Intuía que la suya también, que un momento fundamental iba a tener lugar, que ella y yo abrazadas reencontráramos lo más recóndito de todo. Y esa intuición era la que me estaba empujando hacia la tristeza, hacia un hueco contra el que intentaba inútilmente luchar. Faltaba todavía casi una hora para que llegara el taxi. Carlos Eduardo entró en el estudio y me preguntó si quería ir al cine. Hoy llega Isabel, le recordé. También él se ofreció a acompañarme, y también él recibió una negativa. No primo, le dije —a veces nos llamamos primos pues lo somos en segundo grado—, quiero ir sola a recibir a mi verdadera prima. La tristeza no permite compañía. Pero, ¿por qué estoy triste, vamos a ver?

No encontraba ninguna buena explicación a mi estado

de ánimo y decidí suspender la exploración. Necedades. Pero en la medida en que pasaban los minutos, en que me peiné y me retoqué un poco, me probé varios pantalones a ver cuál me quedaba mejor, en que sonó el timbre del intercomunicador y el taxista anunció que había llegado, en que bajé en el ascensor y salí del edificio para subirme al taxi, en que le corroboré al conductor que me dirigía al aeropuerto, en que éste me informó que el trayecto de la autopista de La Guaira sería lento porque había un derrumbe, en que le aseguré que no tenía prisa porque había calculado muy sobradamente el tiempo, en que cerré los ojos para no ver cómo casi se llevaba por delante a un motorizado, en toda esta previsible secuencia, vadeando aquellos actos banales y archiconocidos con los que pongo a prueba la verdad indiscutible de ser una persona coherente y sensata, se había colado una confirmación a mi sentimiento de tristeza, una confirmación que era ya evidencia, que había trepado suavemente entre mis gestos apaciguados, o pretendidamente apaciguados, para decirme a través del espejo retrovisor desde el cual el conductor me preguntaba si prefería la autopista Francisco Fajardo o la avenida Sucre porque el tráfico estaba muy fuerte, a lo que yo hubiese querido responderle como mi sobrina Mariselita, *whatever*; pero cortésmente dejé la decisión en sus manos por considerarlo más conocedor del caso, para contestarme desde allí —retomo mi propia respuesta— que la razón por la cual me sentía en aquel estado de tristeza era porque desde la noche anterior venía intentando poner en orden, en un cierto orden, todo lo que quería contarle a Isabel, todo lo que pensaba era inmediatísimo contarle, y recuerdo a recuerdo, imagen a imagen, anécdota tras anécdota, una cer-

teza me iba llegando solapadamente, sediciosamente, sinuosamente, y luego ya, con el impudor del que ha terminado por desnudarse en público, gritándome, vociferándome que el problema del orden en el cual contarle ese *todo*, el problema de decidir qué incluir o no de ese *todo*, no era en verdad un problema. En la medida en que trataba de ordenar el *todo* había comprendido que a Isabel no le interesaría.

Una ciudad es un libro con páginas faltantes, un libro en el que leemos fragmentos de nuestra vida entrecortadamente, a saltos, de atrás para adelante, con detenciones, prefiguraciones o sinsabores. Somos todos esos momentos que recordamos, piezas de un rompecabezas interminable, o precisamente terminable cuando aparezca la pieza de la muerte. La ciudad contiene en sus ausencias y presencias esas piezas que están en ella para ser leídas. Ahora estamos pasando por la avenida Francisco de Miranda y leo allí, en esa pieza, la presencia del cine La Castellana. ¿Podría detallarlo, describirlo? Seguro que no. Lo he olvidado, pero ante mí se presentan las grandes letras de su nombre y la impresión difusa de un frente circular, de una entrada con marquesina, y recupero a una niña que ansiosamente hace la cola con una bolsita de ping-pong Savoy en la mano.

¿Se acordará Isabel del cine La Castellana? Probablemente sí. Fuimos juntas muchas tardes. Nos llevaba el chofer de mi abuela en el Packard negro a la sesión de matiné y regresaba a recogernos puntualmente a un cuarto para las cinco; habíamos conquistado ese tiempo de libertad, de ir solas al cine. Cuando llegue quizá Isabel comente el deterioro de la calle, la ruina, la inseguridad de que dos niñas pudieran entrar sin compañía adulta. No me interesará su observación crítica, yo he logrado desarrollar una mirada

estética con respecto a mis espacios y tiempos, y me volteo para seguir viendo, en la lejanía del automóvil que avanza, el espacio vacío. La demolición era en nuestra infancia, la de Isabel y mía, un signo de progreso, de futuro. Se demolía para construir una nueva ciudad. Ahora encuentro un escenario de contemplación, el edificio derruido me parece tan bello como el de al lado o el de enfrente en diseño contemporáneo. Me he vuelto postmoderna, Isabel.

Tomamos un cruce de la avenida Libertador y entre los edificios se asoma uno de ladrillos rojos; éste, por el contrario, no está en demolición, permanece activo. Miro las ventanas y desde alguna de ellas una mujer joven me saluda. Soy yo, no cabe duda. Soy yo hace tiempo, y sé muy bien qué estoy haciendo allí. ¿Sabes, Isabel? He vuelto a la idea del presente continuo, pero no como era en nuestra adolescencia, esa idea detenida que nos aburría tanto. No, ahora es otra cosa que he dado en llamar el diálogo de las identidades interiores. Esos espacios de la ciudad me hablan todos de mí, pero no me remiten al pasado porque yo estoy viva en cada uno de ellos; una distinta, una que le habla a la otra desde cada ventana, así como esa joven me saluda desde el edificio de ladrillos rojos con alegría y complicidad. Ésa es la razón, creo, por la que Carlos Eduardo y yo, cuando nos propusieron irnos de cónsules a Holanda, no quisimos. En La Haya solamente nos saludarían los vecinos. Y quién sabe.

Cuando le dije a Isabel que me casaba no lo podía creer. Carlos Eduardo había sido para nosotras una presencia esperada en los días de diciembre, un novio imposible que sólo disfrutaban unas mujeres muy enigmáticas y lujosas en París, un pariente de los que conservaban aquellas lejanas haciendas de las que hablaba mi abuela. Pero dentro de sus

identidades interiores, mi futuro marido tenía no digo un diálogo sino una conversación en estéreo, de modo que para horror de la familia fue descubierto como uno de los líderes del alzamiento de Puerto Cabello en la lejana década de los sesenta. Logró escapar de la cárcel y huyó a Brasil de donde regresó a fines de los setenta. Las haciendas, por supuesto, las perdió, fueron invadidas con la excusa de la Reforma Agraria, y los amigos, en buena medida también. De modo que dio un golpe de volante a su accidentada existencia y se convirtió en profesor universitario. Mamá y papá siguieron invitándolo en Navidad, cuando vivían en el apartamento al que se mudaron después de la venta de la casa, y de pronto, sin darme mucha cuenta, comprendí que lo había estado esperando todos esos años, desde cuando éramos niñas, y nos reíamos nerviosas de sus chistes que tía Olga consideraba pasados de tono.

“¿Qué te casas con Carlos Eduardo?”, repetía Isabel por el teléfono aquel primero de enero en que le comuniqué la noticia. Mis abuelos ya habían muerto pero mamá puso algunos reparos, entre ellos el grado de consanguinidad que afectaba el proceso canónico del matrimonio, a lo que papá le contestó que más vale malo conocido que bueno por conocer. Así que nos casamos y mamá preparó una fiesta como ella decía, “muy modesta, porque la champaña es prohibitiva”, pero tía Olga opinó que boda sin champaña no era boda y la puso ella. Te la perdiste.

No era en verdad tan difícil hacer un recuento de estos años, incluso hubiera podido utilizar una hemeroteca *sui generis* que Carlos Eduardo ha ido construyendo, constantemente saboteado por los comentarios de Pedro que considera este hábito como una rareza más de mi marido, o mi

propia memoria que no es mala, o la de Margarita que para algunos casos es superior. No, el problema no venía desde el registro, el problema de la tristeza venía de que en el fondo no había pasado nada, y eso era lo más triste, pero sobre todo que lo que había pasado no pasando, no le iba a importar un carajo a Isabel. Esa lucidez que me acometió de pronto, de que nada de lo que no nos había pasado le importaría, era ya como un sol hiriente que me dolía en los ojos cuando un crepúsculo estéticamente impecable nos recibió desde una tranca fenomenal a la altura de El Paraíso donde dos imprudentes habían chocado, y uno de ellos, el dueño del Toyota de lujo, le gritaba al propietario de una camioneta en estado de desintegración que era necesario esperar al fiscal de tránsito; comentario que obviamente no escuchábamos desde la distancia de cuatro automóviles por lo menos pero que mi conductor adivinaba en la lejanía, a la vez que se recriminaba el error ya irreparable de haber tomado la Fajardo en vez de la Sucre.

Miro el reloj sin intranquilizarme. Anticipando todo lo imprevisible tenemos suficiente tiempo por delante y cierro los ojos. No quiero seguir viendo el crepúsculo ni escuchando los comentarios del taxista ni los cornetazos de los que reclaman sortear a los accidentados. Súbitamente he encontrado la única manera de contarle a Isabel lo que no nos había pasado. No, no iba a entrar en un detallado cuadro sociológico, si quería leerlo mi estructuralista prima podría recurrir al archivo de Carlos E., como a veces también le digo. Si quería un resumen de nuestro *Hola* local, Margarita estaría dispuesta a servirle de guía en la intrincada red de matrimonios, fallecimientos, divorcios y otras desapariciones. Si quería ponerse al día en cuanto al espíritu de los

tiempos, allí estaban todos los sobrinos nacidos después de su ida, los hijos de Margarita, los míos, además de los de María Josefina; la familia entera, como un solo bloque, estaba a su disposición para ponerla al corriente de todo. Yo, por mi parte, había comprendido que de todo aquello nada Isabel deseaba saber. Ella, por lo visto, lo que quería era mirar el Ávila. ¿Desde qué ventana?, porque no estaba decidido, no había dicho nada en su fax acerca de dónde tenía pensado llegar, y yo había supuesto que sería a mi casa, y desde mi casa, querida prima, no se ve la montaña.

Mi conductor se ha bajado, me doy cuenta porque siento un portazo furibundo y abro los ojos. Otros conductores se han bajado también y se acercan al lugar de los hechos donde los protagonistas siguen en sus mismas posiciones, las de estar indignados mientras llega o no llega el fiscal de tránsito. Vuelvo a cerrarlos. Lo único que puedo contarle a Isabel, me repito, es la muerte de tía Olga. Al fin y al cabo era ese acontecimiento la razón de su regreso, o no la razón pero al menos sí el motivo o la excusa, o el desencadenante de lo que quizá venía siendo una decisión lentamente madurada. En todo caso era tía Olga, su ausencia, la que convocaba la presencia de Isabel y también la causa de que la familia se hubiese reunido en pleno, o en medio pleno, pues salvo efemérides no nos vemos ya con la misma frecuencia porque estamos todos regados en diferentes lugares de la ciudad.

María Josefina vive en El Placer. Dijo haberse mudado allí porque le gustaba enormemente el nombre de la urbanización, un nombre erótico. Margarita y Federico se compraron recientemente una casa en Alto Hatillo, hecho que Pedro consideró insensato. Él, desde su divorcio, se mudó a

un apartamento en El Marqués, y Mariselita y su mamá, cuando no están en Miami, viven en las Lomas de la Trinidad. Solamente Carlos Eduardo y yo seguimos cerca de la casa de siempre, pero tampoco en realidad estamos cerca de nada puesto que la casa en sí no existe. Poco tiempo después de que la abandonamos, sus dueños se divorciaron y decidieron venderla, de modo que la tumbaron y es ahora un edificio.

A causa de estas razones de localización en las que pareciera que hubiésemos escogido los puntos más distantes posibles, decimos que nos vemos con menos frecuencia, y por ello el día en que murió tía Olga constituyó casi una celebración más que un velorio. Parecía, podría haber sido, una cena de Navidad, o si Isabel quiere empeñarse en su nostalgia, un primero de enero. Al pensar esto comprendí por qué Isabel quería ver el Ávila, sentada junto a mí y quizá jugando ludo como cuando Pedro nos hacía trampa, y comprendí también cuál era la diferencia que nos separaba. Ella pensaba, cuando pensase en todo, en nosotros, en el país, y le parecía seguramente una cosa guardada, dejada allá, en un allá lejano pero cierto. Recordaba, cuando recordase, esa cosa que había dejado y le dolía la distancia; ésa es la definición de nostalgia, el dolor de lo lejano. En cambio nosotros no estábamos heridos de lejanía, estábamos cegados de presencia, de una presencia que se había ido haciendo insoportablemente cercana, cada vez más y más cercana hasta que habíamos ido sintiendo la existencia ominosa de un vacío. No es que “la cosa” estuviese lejos, lejos pero guardada como para ella, es que estaba cerca, cerca y vaciada.

La muerte de tía Olga no sólo fue una ocasión de reencuentro, en realidad fue una suma de circunstancias porque la inminencia del fallecimiento nos fue anunciada el

3 de febrero, víspera del primer golpe de Estado del año, pero en aquel momento, cuando comenzó a rodar la red telefónica familiar, era un día cualquiera. Debería volver a ese momento.

—La doctora Toledo la llama —anunció el *valet* de Marisela.

Marisela tenía *valet*, o mayordomo si se prefiere el término castellano. Marisela atendió el teléfono con un tono inalterable. En verdad era, había demostrado ser, una mujer de inalterabilidades, porque su segundo marido, aquel por quien había largado a Pedro, estaba prófugo en Miami con cuatro autos de detención a sus espaldas, y aunque no era esta persecución judicial lo que en lo más mínimo la alterase sí la conmovía la posibilidad que le había sido susurrada por otra esposa de exiliado sedicente, según la cual su prófugo particular parecía estar entregado a la pasión que le inspiraba una mexicana, considerablemente más joven, más rica y más delgada.

—Aló —dijo sin ganas.

Le irritaba enormemente que cuando necesitaban comunicarse del asilo donde estaba doña Olga —siempre le dijo doña Olga— la siguiesen llamando a ella. Los trámites de internación los había hecho Pedro y por esa razón el suyo era el teléfono consignado. No había logrado convencerlos de que debían llamar a su exmarido y no a ella, quien ya, afortunadamente, no tenía nada que ver con aquella pila de huevones que tanto la habían despreciado, y a quienes ella, era bueno decirlo de una vez, también había infinitamente odiado. Unos ridículos.

—Habla la doctora Ingrid Toledo. Quiero informarle que su tía Olga está sumamente grave.

Pensó en la posibilidad de, a su vez, informarle a la doctora que ya doña Olga no era su tía pero le pareció que perdería más tiempo y estaba esperando una llamada de su prófugo. De modo que dio las gracias y colgó.

—Mariselita —gritó—, doña Olga está muy grave. Llama a tu papá y a tus tías.

Mariselita obedeció sin protestar. Le daba absolutamente lo mismo hablar o no por teléfono, llamar a sus tías Ana y Margarita o no llamarlas, que se muriera o no tía Olga, y como vio que su mamá estaba enfrascada en una conversación con la otra esposa de prófugo, dijo *whatever*. Marcó el celular de su papá y atendió el buzón electrónico. Volvió a decir *whatever*, y llamó a su tía Margarita que sí estaba en su casa.

—Mariselita, mi amor, qué bueno que me llamas —Margarita sentía que Mariselita, por múltiples causas, era una sobrina en extinción y que pronto, cualquier día, su madre se iría también prófuga a Miami y nunca más volveríamos a verla.

Mariselita comunicó brevemente el motivo de su llamada y quedó en estado de absoluta perplejidad. Al principio pensó que su tía Margarita estaba con mucha gripe, luego que más que una gripe debía tratarse de una afonía, y por último cayó en cuenta de lo más simple del mundo: estaba llorando. Su tía Margarita estaba llorando porque tía Olga se estaba muriendo. Quizá ya había muerto. Dejó el teléfono y se dirigió a la sala donde su madre ahora hablaba con otra esposa de prófugo. Le hizo señas de que cortara la conversación pero Marisela, desde la angustia que la amenazaba —al parecer su corazón había sido visto recientemente con una gringa casi menor de edad—, no le contestó.

Mariselita dijo, de nuevo, *whatever*, y se montó en su Mitsubishi Lancer para dirigirse a la clínica donde agonizaba su tía bisabuela Olga. Al pasar frente al *valet* le ordenó:

—Dígale a mi mamá que me fui para la clínica —y sin más apretó el acelerador de su poderoso vehículo, bastante chocado porque Mariselita sólo tiene dieciséis años y una licencia para menores de edad.

Imagino también que Margarita, al terminar su breve conversación con Mariselita, se secó las lágrimas, aclaró la voz y marcó mi número. Tuvimos una conversación rápida. No somos dadas a abrir compuertas de sentimientos que resulten inmanejables en poco tiempo. Yo sabía de ella, al igual que ella de mí, que nos dolía la ida de tía Olga por lo que muchas veces habíamos comentado, era la última de su generación, forzosamente nosotras pasábamos a estar en primera fila de despegue. Tendríamos que actuar con eficiencia y sobriedad, como habíamos venido haciéndolo en las muertes anteriores, y ya hasta nos daba flojera sacar en el periódico lo que mamá llamaba “la papeleta del entierro”, aunque seguramente lo haríamos.

—Llamó la Dra. Toledo, que tía Olga está malísima.

—¿Hablaste con ella?

—No, la que me llamó fue Mariselita.

Comentábamos con frecuencia que Marisela había logrado apartar a la niña de nosotros, de horadarle sus vínculos, de hacerla sentir humillada de pertenecernos o de pertenecerse. “Eso es el populismo, mijita —decía Federico, el marido de Margarita—, han terminado por avergonzarnos de tener abuelos.” Pero, populismo o no, a nosotras dos nos apenaba las pocas ocasiones que teníamos de frecuentar a la niña que, efectivamente, por una cosa u otra, apenas

si habíamos visto crecer. Por ello, que Mariselita por azar hubiese ocupado el papel del mensajero, aunque fuese de malas noticias, nos reconfortaba, y más aún cuando llegamos a la clínica y la vimos allí sentada. Mariselita, que es muy pequeña y menuda, enfundada en el sillón de la sala de espera, impersonal como todas las salas de espera, era de pronto una imagen de la infancia abandonada. Mariselita, aquel día de la muerte de tía Olga, reivindicaba su derecho a sentirse triste como cualquiera de nosotros. Pero me estoy adelantando.

Margarita y Federico se habían ofrecido a buscarnos a Carlos Eduardo y a mí, cosa de llevar menos automóviles porque en el estacionamiento del asilo no había mucho sitio para pararse, y además Federico insistió en que las estadísticas confirmaban que frente a las clínicas era donde más los robaban. No tengo idea de cómo se ha llegado a tan certera conclusión pero a Carlos y a mí nos pareció buena idea y nos dispusimos a esperarlos sabiendo que tardarían un mundo porque la especialidad de mi hermana no es la puntualidad, así que le recordé que quería estar a tiempo de ver a tía Olga viva, y Margarita me colgó el teléfono furiosa como suele hacer cuando sabe que yo tengo razón. Aproveché para llamar a María Josefina.

—¿Te interrumpo? —le dije al notarle un tono apurado en la voz.

—Estoy saliendo para el Tai-Chi.

Le expliqué que no era un buen momento para el Tai-Chi si quería despedirse de tía Olga y la escuché dándole gritos al perro que se estaba comiendo la pata de una silla, y a su nieta, que quizá se estaba comiendo al perro, a la vez que me decía, “voy saliendo, tranco porque voy saliendo”.

En eso escuché a Carlos Eduardo avisándome que Margarita y Federico habían llegado con sus hijos Luisa Mercedes y Enrique. Le pedí a María Josefina que por favor llamara a Pedro porque no nos habíamos comunicado con él.

Supongo que María Josefina, mientras se quitaba su uniforme de Tai-Chi y ponía en marcha el automóvil que quizá no le prendía, había encontrado el minuto necesario para llamar a Pedro al celular. “Pedro, tú eres un habitante del espacio —decía María Josefina—, tú no vives en ningún lugar visible sino en una cosa llamada celular”, pero éste era un tipo de comentario que no le importaba nada a Pedro, quien despreciaba profundamente a su prima María Josefina porque la consideraba “poco representativa”. Pedro había desarrollado una verdadera pasión por la representación. Sin embargo, supongo también que recibió su llamada con cariño, y más al saber, como ya todos sabíamos, que era Mariselita la que se había arrogado el papel de reunir a la familia en esta oportunidad.

Serían las ocho de la noche cuando nos fuimos poco a poco reencontrando en el asilo donde agonizaba tía Olga. Comentábamos que no nos veíamos desde la graduación de Luisa Mercedes, la hija mayor de Margarita y Federico. Todos juntos nos sentamos en la sala de espera y avisamos que estábamos, que la familia de tía Olga *estaba*. Al rato llegó la Dra. Toledo. Me pareció que me miraba con curiosidad, la vi de la misma manera, y recibí un codazo de Margarita que todavía me considera una niña imprudente porque no se debe mirar fijo a las personas, como decía mamá.

—Tengo la impresión de que me conoce —le dije por lo bajo mientras la doctora hablaba con Federico.

—Por supuesto que te conoce. Es la doctora de la casa

de reposo —Margarita prefería decir casa de reposo y no asilo.

—No es de eso.

La Dra. Toledo se acercó a nosotras y nos saludó.

Margarita le devolvió el saludo efusivamente y empezó a agradecerle todo lo que estaba segura había hecho por tía Olga, pero Ingrid Toledo no tenía paciencia para soportar tanta buena educación y nos comunicó que podíamos pasar a verla de uno en uno. Me quedé a solas con ella y nos volvimos a mirar.

—Me parece que la conozco —dijo.

—Generalmente vengo una vez al mes —mentí.

Estaba segura de que no era del asilo de donde me conocía. Primero porque debo confesar que mis visitas a tía Olga habían sido cada vez más infrecuentes, y luego porque tengo buena memoria para las caras y sabía que no era allí donde nos habíamos visto.

—¿De dónde me conoce? —le pregunté a Carlos Eduardo.

—De aquí, ¿de dónde va a ser?

Decidí dejarlo así, después de todo no era tan importante de dónde me conocía la Dra. Toledo, y además el tiempo para seguirnos conociendo sería muy breve. Margarita, saliendo de la habitación de tía Olga venía inundada de lágrimas. “Se va —lloró—, está ida.” En eso llegó Pedro.

—¿Tú la conoces? —le pregunté señalándole a la doctora.

—Para nada. Siempre me he entendido con el Dr. Márquez.

—¿Pariente de los Márquez? —preguntó Margarita.

—Pariente de sus parientes, Margarita, por favor. ¿A quién le importa saber de quién es pariente el Dr. Márquez? —contestó mi hermano.

Todos quedamos sorprendidos. Entraron a la sala de espera dos personas que no esperábamos ver ese día. Marisol y Oswaldo Rojas. Había olvidado decir que Pepe, el padre de Marisol, era también paciente del asilo. Su esposa Sole había muerto hacía unos años y Marisol había tomado la misma decisión que nosotros. La presencia de Pepe fue una gran alegría para tía Olga, al menos por un tiempo mientras ambos habían podido reconocerse mutuamente. Marisol me lo había comentado en las veces que habíamos coincidido. Me pareció que coincidíamos también en sentirnos culpables.

Cuando Pepe llegó al asilo tía Olga aún estaba en capacidad de recordar algunas cosas y sufrió una terrible confusión. Pensó que Pepe era todavía conserje de las Residencias Veroes y que venía a arreglar algo. La enfermera trataba inútilmente de convencerla de que ni aquélla era su casa ni Pepe su empleado, ni había nada que arreglar. Tía Olga, por supuesto furiosa, llamó a Margarita para decirle que la insolencia de Pepe era el colmo, ella tenía echado a perder el televisor de su cuarto y él se negaba a arreglarlo. “¡Qué señora, mija!, las cosas que uno aguanta por este sueldo de mierda”, le comentó una enfermera a otra. Fue necesario que Margarita se presentara en el asilo y le explicara a tía Olga que, en efecto, no estaba en su casa; segundo, Pepe no estaba allí en condiciones de arreglador sino de ser arreglado; y, tercero, que ella se comprometía personalmente a llevarle el televisor a arreglar, cuando hiciera falta porque de momento funcionaba perfectamente. Pasado este primer desencuentro, a tía Olga, y creo que a Pepe también, la coincidencia los llenó de satisfacción. Al fin y al cabo tenían recuerdos en común, les gustaba comentar cosas que ha-

bían ocurrido o no hacía cien años, y veían por encima del hombro al resto de los pacientes que no estaban en capacidad de recordar junto con ellos nada.

Marisol aquella noche se había presentado de urgencia a acompañar a su padre porque también estaba muy delicado, y, al tanto de la gravedad de tía Olga, se quedó un rato haciéndonos la visita sin imaginarse que la espera sería larga. En eso María Josefina hizo su entrada triunfal en la sala de espera. Se había disfrazado de lo que se disfrazaba constantemente para horror nuestro, de hippy vieja. Se miraron, Oswaldo y ella quiero decir, y se volvieron a mirar hasta que María Josefina muy valiente dijo:

—Sí, soy yo. Y ya encontré el libro que buscaba en la Librería del Este.

Oswaldo soltó una carcajada y le contestó:

—Pues me alegro porque hace tiempo que no trabajo allí.

Los sobrinos no entendían nada y demostraron tener cierta capacidad de sorpresa que hasta ese momento no les había atribuido porque se veían unos a otros con un claro signo de interrogación en los ojos. Tuve que explicarles que hacía muchos, muchísimos años, como en los cuentos de hadas, María Josefina había sido novia de Oswaldo Rojas, a quien por azar había conocido en la Librería del Este. La explicación les resultó aún más desconcertante porque no podían entender cuál era la emoción de tal encuentro ni en su vida habían ido a esa librería que además ya no existe. Luisa Mercedes comentó que ella había escuchado que ese noviazgo había sido muy complicado, y todos se volvieron a mirar con su misma mirada de siempre que quería decir *whatever*.

—Yo no entiendo nada, mami —me dijo Elena—. ¿Qué es lo importante de que mi tía María Josefina estuvo empa-
tada con este señor?

Traté de explicar la ruptura del orden constitucional de nuestras vidas que había representado el lejano amor de María Josefina por Rojas, el exilio que había merecido por ello en un colegio suizo, las palpitaciones que le había costado a mi tía Elena y los cálculos de riñón a mi tío Eduardo, la preocupación que comía los hígados de mis padres, la curiosidad malsana que tales relaciones habían despertado en Margarita, las, en fin, catástrofes pasadas por culpa de que María Josefina se citaba con Rojas para comerse unos helados clandestinos en la fuente de soda del cine Lido. Traté, pues, de explicarles lo inexplicable hasta que me fui cansando de sus rostros perplejos y ligeramente burlones, y les contesté:

—¿Saben una cosa? *Whatever*.

Coincidieron en alegrarse de que su tía María Josefina no se hubiese casado con Oswaldo Rojas porque ella era una tía divertidísima y original, y en cambio él tenía cara de gerente *fashion*.

—Pues es ginecólogo —les informé.

La conversación acerca del *affaire* María Josefina-Rojitas fue bruscamente interrumpida. No lo esperábamos, no lo hubiésemos creído nunca, tampoco me parece que lo deseábamos, pero más allá de todo ello Mariselita se levantó con el rostro iluminado, se acercó a la mujer que acababa de entrar en la sala de espera, y gritó un “hola, mami” absolutamente lleno de felicidad, de reivindicación, de que finalmente su mamá no era la puta que pensaban sus tías sino una mujer como cualquier otra que un día se había casado con su papá y otro día se había hartado de él, como pasaba

todo el tiempo, como había visto que pasaba todo el tiempo, y como no tenía la menor importancia que pasara todo el tiempo. Esa señora que estaba entrando era su madre y había tenido la amabilidad de acudir para ver si doña Olga estaba viva todavía, y a sus tías no les quedó más remedio que levantarse y besarla, y decirle “hola Marisela, ¿cómo estás?”, y aceptar que ella se sentara en el medio de todas y preguntara “¿qué dicen los médicos de doña Olga?”; pregunta que fue contestada por la Dra. Toledo que entraba de nuevo en la sala de espera para comunicarnos que inexplicablemente los signos vitales de la moribunda parecían mejorar y le iban a hacer otro electrocardiograma.

Decían mi mamá y mis tías que María Josefina era la más bonita de todas, la que tenía más “gancho” para los hombres, y que esas cualidades habían sido su perdición. Casó tres veces y tuvo cinco hijos; dos del primero, dos del segundo y una del tercero. Esta última no la llegaron a conocer sus padres, mis tíos Eduardo y Elena, y quién sabe fue mejor así porque todos coincidimos en que probablemente no les hubiese hecho feliz esta quinta y tardía nieta. Se llama Vanesa y es mi preferida. Es inteligentísima, tiene un lenguaje un poco procaz y un estilo años noventa que me encanta. Quiere ser modelo de Oscar de la Renta a toda costa, no hay otra identidad posible para ella, y la verdad que es muy alta, flaquísima y elegante con su tumbado caribeño, pero hasta la fecha no ha logrado ninguna vía de acceso a tan encumbrada categoría y trabaja como productora de imagen para una alcaldesa. Con frecuencia me la encuentro en el cine y corre hacia mí como un enorme Afgano, lamiéndome y echándome encima sus largos brazos. Me hace sentir muy orgullosa porque siempre me pre-

senta a sus amigos como “mi tía escritora” y les recomienda mis libros a unos personajes desconcertados. Tiene la misma edad que mi hijo Rodrigo y a veces la invito a comer con nosotros pero a mis hijos no les gusta; opinan que ella y sus amigos son punketos pasados de moda. Esto es algo que no puedo discutir.

De los otros hijos de María Josefina hay tres que no viven aquí. María Lucía, la mayor del segundo matrimonio, se casó con un argentino y vive en Buenos Aires, no la hemos vuelto a ver. Otro ausente es el menor del primer matrimonio, Johncito. Fue evidente para todos que Johncito era *gay* desde chiquito, y por supuesto tratamos de no ser demasiado duros con esta evidencia, más bien dejarla pasar sin énfasis. No se destacaba en los estudios así que su madre lo mandó a Estados Unidos para que terminara allí algún B.A. en comercio, en alguna universidad de tercera categoría pero que siempre tendría un nombre en inglés y daría así la impresión de importancia. Johncito no tenía ninguna inclinación por aquello y poco después se fue a Europa, creo que a Londres, dentro de una idea más bien vaga. María Josefina lo visitaba de vez en cuando y siempre volvía diciendo que le iba de lo más bien y que llevaba una vida muy interesante. Sobre esto pasábamos igual que sobre lo otro, sin énfasis. Después regresó a Estados Unidos donde vive en Omaha con su compañero, un muchacho indonesio, y trabajan los dos en *catering* de aviones. María Josefina me lo contó bañada en lágrimas, y tanto Carlos Eduardo como yo le dijimos que estaba muy bien porque tenía una pareja estable y eso era muy importante en el amor de los tiempos del sida. Por este tipo de opinión es que Margarita y Federico nos llaman “los modernos”.

María Alejandra, la mayor del primer matrimonio, actualmente divorciada y con una niña, es ejecutiva de negocios bursátiles, y al parecer muy eficaz. La vemos poco porque siempre está muy ocupada y es de todos con la que menos he congeniado. No recuerdo que estuviera ese día. Me queda por mencionar a Ernesto, el menor del segundo matrimonio, cineasta fracasado que se ha dedicado al comercio con buenos resultados y vive en la isla de Margarita, razón por la que tampoco estuvo presente en estos acontecimientos.

Contar lo que ha sido la vida de María Josefina resulta imposible. En primer lugar porque no podría decir que estoy demasiado al tanto de los pormenores. Supongo que en la medida en que fue tan criticada por la familia se convirtió en una persona muy reservada. Era habladora, alegre, comunicativa, pero poco a poco su conversación se fue alejando, hablando siempre desde discursos en cierta forma prestados pero en todo caso heterodoxos. La, si se quiere, inocencia con que pretendió cambiarnos, trayéndonos lo que era una manera menos “sistemática” de vivir, la perdió sin quizá darse cuenta ella misma. “Yo me equivoqué de país, niña, y de familia —me decía antes— ve a ver si tú también estás equivocada.” La alegría de cometer travesuras contra las que eran normas acendradas y más que refrendadas se tornó en una cierta amargura, en un sentimiento de exclusión benévola con la que el resto de la familia fue delimitándola. Pedro, por ejemplo, a partir de su matrimonio con Marisela no la trató más; no es que tuviera con ella un pleito en particular, un reclamo a solventar, simplemente la ignoró, pasó la página en la que ella estaba escrita y jamás la invitó a su casa. No era, dice Carlos Eduardo, sufi-

cientemente “representativa”. Debo decir que en general Pedro nos dejó un poco al margen de su esplendorosa vida social. No le parecía en esa época en que andaba disfrazado de adeco que su familia anticuada le resultaba de buena representación. Es cierto que el trato para con Marisela fue siempre, como lo marcó injustamente mi abuela, de distancia, y que en ese sentido tenían suficientes razones para sentirse incómodos, pero en todo caso después del divorcio regresó al cobijo familiar con el rabo entre las piernas.

Volviendo a María Josefina. Pedro no la invitó más y fue muy notorio, pero tampoco puede decirse que Margarita y Federico se lucieran demasiado: bautizos, primeras comuniones y grados, y pare usted de contar. La prima María Josefina quedó reducida a las ocasiones estrictamente familiares. Era un asunto de ropa quizá. A Margarita las sucesivas remodelaciones del vestuario de María Josefina la han ido incomodando de más en más. Primero, un primero bien lejano, eran las camisas ideológicas tipo hindú y las ruanas que trajo de París. Luego pasó por una época oriental de batola y chancletas biorrítmicas, hasta que fue sucesivamente llegando a un terrible punk en que se tiñó un mechón de morado, usaba unos lentes muy oscuros y una ropa totalmente negra. Creo que se me olvida alguna de las transiciones hasta el estilo presente, que no es en realidad estilo alguno sino el uso constante de unos bluyines y unas franelas con motivos de playa que le regala su hijo Ernesto; un pelo recogido como de medio cola de caballo, nunca bien teñido del todo, y la ausencia absoluta de maquillaje, después de haber pasado por algunos momentos cuasi-Madonna. El día de la muerte de tía Olga afortunadamente se presentó como más arreglada dentro de lo posible.

Es una persona que me divierte mucho, salvo cuando la agarra con ciertos proselitismos muy ajenos a mi estilo de vida. “Prima, ¿has probado el aceite de glycenol para las arrugas?, ¿no quieres hacer un curso de imantación?, ¿no has consultado las runas vikingas?” María Josefina ha entrado de lleno en el espiritualismo, ha prohibido que en su casa se vea televisión (aunque tuvo que transigir con la empleada porque, si no, se le iba) para no ver noticias de desastres; pretende que todo el mundo esté en pie a las cinco de la mañana para recibir la energía del sol naciente, y dejó de hablarle un tiempo a su hija menor cuando supo que era la mano derecha de una alcaldesa a la cual odia sin que se sepa muy bien el motivo ya que vive en otro municipio. Me gustaría verla con más frecuencia pero no lo logramos mucho, primero por la distancia de nuestras respectivas viviendas, y segundo porque se acuesta muy temprano y durante el día ambas estamos ocupadas. Es increíble su capacidad de producir compromisos a los que nunca llega a la hora y que olvida con frecuencia. Un día la invitamos a cenar, prometió que vendría, y como pasadas las diez no había aparecido supusimos que se le había presentado algún problema y la llamamos. No, ningún problema. Lo había olvidado porque parte de su ideología es no anotar los compromisos. La idea de llevar una agenda le resulta antagónica. Se quedaron fríos unos espaguetis carbonara que prepara muy bien Carlos.

Hay que agregar, a la lista de las molestias producidas por María Josefina, sus afinidades electivas. El padre de Vanesa duró muy poco, únicamente lo imprescindible para reconocer a la niña, no recuerdo si estuvo en el parto o si la despedida había sido anterior. Fue una niña un poco tardía, María Josefina tenía ya sus buenos treinta y ocho, y supon-

go que no demasiado deseada, pero después muy amada. Es de sus hijos quien más la acompaña y tomó con mucho humor la actitud de su madre cuando dejó de hablarle por lo de la alcaldesa. Ha logrado muchas de las cosas que su madre quiso y no pudo lograr, aunque, para ser justos, también le tocaron tiempos más fáciles. Yo le he contado la historia de Rojas, y mi sobrina, que ya dije tiene un gran sentido del humor, la disfruta mucho. Le parece, creo, una historia muy antigua, como un cuento de princesas de los que leía cuando era una niña. Ve a Oswaldo Rojas como un caballero del Rey Arturo y a su madre como Lady Godiva, y cuando lo conoció aquella noche me dijo al oído “ojalá que me pasara eso a mí, acostarme con un tipo tan bueno y que además me mandaran a Suiza”. María Josefina, entre una cosa y otra, no está como para mandar a nadie a ninguna parte, y tengo entendido que la mantiene Ernesto con los negocios de la isla.

A sus hermanas, Carola y Cecilia Elena, no las hemos visto más. Se produjo lo que la familia llama “un desagrado”. Ese desagrado puede resumirse en que su madre, mi tía Elena, y mi abuela Clemencia poseían unos inmuebles de propiedad indivisa que Carlos Eduardo siempre había aconsejado dividir antes de que sucediese lo inevitable. La inevitabilidad se presentó con la muerte de tía Elena y pudo así descubrirse que esas propiedades pertenecían a una compañía de cuyas acciones eran dueñas Carola y Cecilia Elena, sin que a mi abuela le correspondiese nada ni tampoco a María Josefina. “¡Qué bueno sería si hubiese heredado algo!”, me decía a veces. Sus hijos mayores intentaron algunas acciones legales pero resultaban muy costosas a la vez que probablemente inútiles de modo que el despojo quedó legi-

timado. Años después uno de los cuñados, el marido de Carola, creo, tuvo los bríos de llamar a María Josefina para preguntarle si a ella le había tocado el Tovar porque estaba claro que el Tovar se lo había dejado su madre a Carola. A María Josefina sí le había tocado el Tovar y lo había tenido que vender junto con otros cuadros y la parte de la platería que le había correspondido; “demándame si quieres”, le contestó a su cuñado, y hasta allí llegó la cosa. Nosotros, por nuestra parte, dejamos de vernos con las primas de mamá, y sabíamos de ellas por el periódico, cuando en los Sociales de *El Universal* salía la reseña de las bodas de sus hijos, y mamá comentaba “qué avejentada está Cecilia”, o “en qué gordura se ha puesto Carola”. Finalmente un día mamá dijo “salió la papeleta del entierro de Cecilia Elena”; más adelante salió también la de de Carola, y Margarita me llamó enseguida. Ya ésa no la vio mamá.

¿Le importarán estas menudencias a Isabel? Más las pienso, menos lo creo.

Lo que me sorprendió fue que, cuando hablé con María Josefina para comunicarle la situación de tía Olga, escuché entre los gritos el nombre de Johncito. Sí, efectivamente, Johncito pasaba unas semanas de vacaciones en Venezuela porque Brian, el indonesio, quería visitar la Gran Sabana. Me tranquilicé pensando que era improbable que se presentasen en la clínica, pero me equivocaba. Brian quería conocer a la familia de Johncito.

Cuando hicieron su entrada Carlos Eduardo me miró con gesto interrogativo y furibundo como si yo tuviese la culpa de que Johncito fuera un *gay*evidente, de que estuviese en Venezuela, de que Brian fuese otro *gay*evidente y además indonesio, de que se hubiesen presentado en la clínica,

y de la incomodidad que todo aquello iba a generar.

—¿No podía haber venido solo? —me dijo al oído.

Decidí no contestar.

Brian estaba encantado de conocernos. Nunca había visto una familia tan grande y le parecía divertidísimo, de modo que no se cansaba de buscarle conversación a todos, de enseñarnos las fotos de la Gran Sabana, y de contar que Johncito lo había llevado a El Hatillo y se había comprado un chinchorro. Mariselita también estaba encantada porque así podía hablar en inglés, y todos los muchachos se sentaron alrededor de Brian que se convirtió en el centro de atracción.

—Papi, Brian se quiere llevar una iguana a Estados Unidos.

Carlos no contestó.

—Pero bueno, papi, ¿cuál es?

—Estamos aquí porque tu tía Olga se está muriendo.

—Mami, ¿tú crees que se pueda llevar la iguana? El vigilante del asilo dice que ha visto varias en la quebrada de atrás y se la está buscando.

—No tengo la menor idea, pero me parece que ahorita no es el momento de las iguanas.

—Ustedes y sus momentos —se fue furiosa.

—¡Qué cosa los americanos!, ¿no? —dije como para disimular—. Y que llevarse una iguana...

Pero Carlos Eduardo estaba incomodísimo y no quería seguir hablando de Brian.

Brian no había comprendido nada de la incomodidad de su presencia y se acercó a nosotros convencido de ser amable con la divertida familia de Johncito. Intentó hablarnos en español pero la verdad que le era difícil y siguió en inglés.

Quería hacernos saber cuánto le gustaba el país, cuánto

le gustábamos nosotros y cuánto lamentaba la situación de Ms. Olga.

—¿Es que Johncito no sabe distinguir las cosas? —dijo Carlos Eduardo cuando Brian se fue.

—No sé qué quieres decir —le contesté.

—¡Ah, pues!

Elena estaba radiante.

—Cuando pase lo de tía Olga, Luisa Mercedes nos va a llevar a todos en su camioneta a Caruao el fin de semana para que Brian vea una playa salvaje.

—Estamos en lo que estamos, Elena.

—Cuando dejemos de estar en lo que estamos, papi. ¿O siempre vamos a estar en lo que estamos?

—No le contestes a tu papá en ese tono.

—Yo también lamento que sea *gay* —se rió Elena—. Es superatractivo.

La respuesta de Carlos Eduardo quedó en el aire. Marisol se estaba despidiendo cuando la Dra. Toledo se acercó a decirle que su padre estaba dando signos de grave insuficiencia pulmonar. Escuché a una imprudente enfermera comentarle a otra, “se van dos esta noche”. Marisol, bañada en lágrimas, decidió quedarse para esperar el desenlace.

El automóvil arranca bruscamente sacándome de aquella memorable noche del 3 de febrero. Veo de nuevo el reloj y compruebo con satisfacción que no había choque en el mundo que pudiera ir en contra de mi capacidad de previsión. “Por fin llegó ese desgraciado”, comenta mi conductor refiriéndose al fiscal de tránsito. Largamente pasa a explicarme por qué las cosas no funcionan en este país, sien-

do uno de sus indicios más claros la lentitud y rémora de los fiscales de tránsito, la corrupción con que atendían su servicio público, además del mal estado de las calles que determinaba una gran cantidad de los accidentes y averías. Le aseguro mi absoluto acuerdo, nunca antes había coincidido más con nadie que con él, pero le insisto, había salido con suficiente antelación y le rogaba desde el fondo de lo más querido que no tratara de recuperar el tiempo perdido, como sin duda estaba intentando, porque sufro de vértigo a la alta velocidad, y sería muy triste que después de haber perdido tiempo en un choque ajeno pasáramos ahora a perderlo en uno propio. Esto le resulta comprensible y me parece que rebaja un tanto la desafortada carrera que había desarrollado al ver la vía libre. Recuperar el tiempo perdido, ¿por qué había usado una frase tan manida para dirigirme al conductor? “¿Es su marido el que llega?”, me pregunta. Distraída no le contesto a la primera, he escuchado su voz pensando que seguía hablando del fiscal de tránsito, pero cuando repite la pregunta me doy cuenta que se dirige a mí. No, le contesto, es una prima. “¿Que tiene tiempo fuera?, generalmente cuando el cliente va a buscar a un familiar es porque es alguien que tiene tiempo fuera.” Me parece una conclusión acertadísima y le confirmo que sí, se trata de un familiar con bastante tiempo fuera.

El crepúsculo ha caído cuando entramos en el túnel de La Planicie. “Yo aquí voy a gatas —continúa mi conductor—, en esta oscuridad pueden chocar diez carros juntos.” Aplaudo su sensatez y me animo a decirle que me duele un poco la cabeza, razón por la cual le agradecería si bajase el volumen del radio, tratando de que comprenda que agradecería igualmente que bajara el volumen de la conversación. Recuperar

el tiempo perdido, vuelvo a pensar en mi trasnochada frase. No, para nada tenía la impresión de recuperar el tiempo perdido, ni de querer hacerlo, ni de que hubiese un tiempo por recuperar. Seguramente Isabel tendrá un sentimiento opuesto, ella querrá recuperar lo que de aquí haya perdido en su vida con “bastante tiempo fuera”. Seguramente pensará que, mientras ella ha estado del timbo al tambo —sus cartas indicaban múltiples viajes y recorridos—, nosotros nos hemos quedado acumulando pasado para entregárselo un día cualquiera, un día como éste en que ella decide volver y curiosear el álbum de familia. Pues no, no hemos acumulado nada, hemos dejado simplemente que el tiempo pasara, hemos sido testigos fugaces de su paso, y a la hora de la verdad hemos nosotros también pasado a gatas, como dice este señor. Ella va a regresar llena de nostalgia, ávida de que la lleve a recorrer los lugares que transitábamos entonces, y va a encontrar en mí una mujer cansada de lidiar con el tráfico, con los cuatro sistemas de antirrobo, con el gesto vacío de ojear una vez más los escándalos en las páginas del periódico, de apagar la televisión para no ver los muertos del fin de semana. No, me había dicho, ésta no puede ser la actitud de encuentro con Isabel. Ésta no puede ser la recepción de quien anticipo la mayor alegría. Ella me va a devolver, sin proponérselo, una imagen perdida de mí misma, y ella espera de mí que le devuelva el recuento de este tiempo transcurrido. Soy yo la que siente que es un tiempo vacío, para ella está lleno de novedades, de anécdotas, de cambios, y no tengo derecho a negárselo.

“Me imagino que cuando llegue se van a pasar una semana hablando sin parar” fue el comentario de Carlos Eduardo cuando le enseñé el fax de Isabel. Claro, le había contes-

tado, no quiero la más mínima interrupción, te vas a encar-
gar de todo porque, de mí, imagínense que he desaparecido.
Algo había sonado a hueco. Había percibido que estaba for-
zando la frase, que me había cruzado el pánico de que cuan-
do llegara Isabel y estuviéramos sentadas la una junto a la
otra dispuestas a esa conversación inagotable, un silencio se
iba a hacer presente. Pensar que Isabel y yo pudiéramos sen-
tirnos como dos extrañas, aunque fuese por un instante, que
de tanto que había que contarle un resumen fuese suficien-
te, que Isabel advirtiera en mí un gesto de aburrimiento,
unas palabras vacías, me hirió. Tienes que enseñarle tu he-
meroteca, le dije. Creo que la ayudará mucho a entender lo
que ha pasado con el país estos años. “Por supuesto —con-
testó él—, estoy seguro de que por fin alguien la encontrará
útil.” Su tono revelaba el mismo cansancio mío, el mismo
vacío que él había intentado llenar guardando pedazos de
periódico. “Para una persona que ha estudiado sociología
tiene que ser interesantísimo”, siguió. Claro que sí, le asegu-
ré, claro que sí. Y sentí un dolor de extraña tonalidad. Lo vi
con la misma ternura que cuando mis hijos eran pequeños y
se entregaban a esas mínimas tareas a las que se dedican los
niños, tareas de cuya inutilidad no cabe duda salvo la única y
absoluta importancia de creerse a sí mismos construyendo
el mundo. Verlo seleccionar los periódicos y anotar en su
fichero los comentarios que añade a las noticias, me hace
experimentar lo mismo que cuando años atrás Rodrigo acu-
mulaba las piezas del Lego convencido de que erigía un edi-
ficio, o cuando Elena recortaba incansablemente de las re-
vistas fotos de bebés en una suerte de prefiguración de su
maternidad. Me siento frágil ante la impotente ternura de
los seres. Pedro se burla mucho de la hemeroteca de Carlos

Eduardo. En general se burla mucho de Carlos Eduardo. Creo que tampoco lo encuentra “representativo”. “Tu representativo hermano”, dice Carlos. Pedro lucha por mantener lo más inaprensible de todo, la representación. Ni siquiera por tener más dinero, por algo que merezca cierta tangibilidad al menos. Pedro ha llegado a la metafísica sin saberlo.

Nosotros, mi conductor y yo, hemos llegado a la salida del túnel. La noche está fresca y *titilan, azules, las estrellas a lo lejos*. Es un verso cursi, pero alguna vez me gustó Neruda, por qué no decirlo. Al fin y al cabo hablo para mí misma. Pero en este momento es mi conductor quien me habla. “Ésta es la parte más peligrosa —dice—, aquí asaltaron hace poco a un compañero. Bajaron del cerro y se le subieron en el carro, no podía avanzar porque era un domingo por la noche y el tráfico estaba muy lento.” Me intereso por el destino de su compañero, felizmente ileso del percance. Le pregunto si a él le ha ocurrido alguno. Trato de saber de él, del mismo modo en que él trató de saber más acerca de mí, una mujer de “cierta” edad que se dirige sola al aeropuerto para buscar un familiar. Quizás él haya tejido su propia historia acerca de mi persona y tenga hipótesis más interesantes. Pero caen unas gotas y no quiere seguir hablando. “Ajá, ahora llueve. Estamos en plena ‘mancha negra’. ¿Usted sabe los millones que se han gastado en esta autopista sin arreglarla?” Le confirmo estar al tanto, no de la cantidad exacta, por supuesto; mi marido guarda las noticias, especialmente las de corrupción. “¿Su marido es periodista?”, pregunta muy curioso. Más o menos, le contesto. La conversación cede, las gotas se van transformando en palo de agua. La noche se ha oscurecido, he dejado de ver las estrellas de Neruda.

Estábamos sentadas en la terraza de arriba. Isabel, rodeada de libros por todas partes, tomaba notas en un cuaderno y me dirigía la palabra de vez en cuando, quizá como un gesto de benevolencia hacia mí, que no tenía por delante una tarea tan imprescindible como la suya. Ella estudiaba sociología y yo cumplía la misión que mamá me había encomendado: pasar en limpio una lista de invitaciones para un té-canasta que ofrecían las Damas Salesianas a beneficio de la reeducación de madres solteras.

—¿Cómo puedes perder el tiempo en eso?

—No estoy perdiendo el tiempo, simplemente ayudo a mamá en una cosa muy sencilla que voy a terminar en cinco minutos.

—Pierdes el tiempo —insistió.

Isabel estuvo siempre obsesionada por la pérdida del tiempo. Decía que nosotros no teníamos proyectos vitales, que dejábamos transcurrir los días, los meses y los años sin trazar metas, objetivos, propósitos. Que estábamos siempre en un presente continuo cuya única finalidad era ese mismo presente. Ella tenía sed de futuro.

Mamá entró en la terraza. Estaba hermosa, recién llegada de la peluquería, de buen humor. Salía ahora con tía Luisa para una reunión preparatoria del fulano té. Isabel hizo algún comentario sarcástico acerca de la soltería de las madres que tanto preocupaba a las nuestras, pero Mercedes no lo tomó en cuenta. En realidad, pienso ahora, nadie tomó mucho en cuenta la alteridad de destino que Isabel se propuso desde la infancia. Creo que lo vieron como una extravagancia. “Esta niña es muy extravagante”, decía mi abuela, y ése era un adjetivo devastador; quería decir “cero, le damos cero importancia a las conductas extravagantes, son

efímeras”. Mamá pasó la mirada por los libros desparramados de Isabel; que Isabel leyera tanto era un rasgo un poco extravagante pero de una extravagancia permitida, la cultura al fin y al cabo. Se fijó en uno de los libros, eran unos poemas de Neruda.

“Muy buen poeta —dijo— aunque un poco comunista.” Y se alejó dejando su olor a perfume, el perfume que usaba siempre y que de niña me gustaba mucho. Me parecía el olor de la mujer que yo sería, de la mujer que nunca fui.

—Te lo puedo prestar, tía Mercedes —dijo Isabel, supongo que con ironía.

—Gracias, ya lo he leído —contestó ella, irónicamente también.

Total, fui yo quien leyó los poemas de Neruda. Leí muchos, casi todos los libros de Isabel. Compraba tantos que yo no tenía necesidad de hacerlo. Isabel me había dado puerta franca en su biblioteca y me permitía sacar cualquiera que quisiese. Era un privilegio que me había sido concedido con exclusividad, ni Pedro ni Margarita tenían derecho a hacerlo, pero, ¿cuál era la exclusividad? Ellos no sentían el menor interés en leer los libros de Isabel, considerados por la familia como “muy pesados”. Ésa es quizá una de las ventajas que obtuve cuando Isabel se fue, se llevó sus libros y me vi obligada a elegir los míos.

Está cayendo una tromba de agua, apenas si se ven las luces de los automóviles.

—¡Qué nochecita! —comenta mi conductor—. Y yo que tenía que estar hoy en Maracay. Yo se lo dije al supervisor, que hoy no quería estar de servicio porque tenía que ir a

Maracay.

Decido inmiscuirme en sus reflexiones. —¿Algún compromiso familiar?

—No, qué compromiso, nada de eso. Yo no tengo a nadie por allá, soy de aquí, nacido en La Pastora. No, lo que pasa es que los talleres en Caracas están muy abusadores, entonces me recomendaron un taller en Maracay que es más económico —saca una tarjeta de la guantera y me la enseña—, Taller Mendoza. Es la caja de velocidades, y cuando la caja empieza a dar problemas, ahí sí hay que tener el bolsillo preparado. Tiene una maña con la tercera, que no me quiere entrar.

Lo veo sacar la mano por la ventana y limpiar afanosamente el vidrio delantero con el pañuelo.

—Y ésta es la otra, que el limpiaparabrisas está medio malo también y el repuesto me lo querían vender en veintiocho mil bolívares. ¡Veintiocho mil bolívares!, es lo que yo digo, el abuso.

Lo dejo solo en sus reclamos. Seguramente Isabel comentará el deterioro del parque automotor en estos años y siento un cansancio. El mismo cansancio que experimento cuando Federico y Margarita regresan de alguno de sus viajes y me cuentan la vida en otros planetas.

—¿No le digo? Ya se coleó uno.

Trato de mirar en la dirección que me señala pero no veo gran cosa. Sólo el agua, las sombras de los cerros, algunas luces de los barrios amontonados alrededor de la carretera. Con seguridad Isabel observará que hay muchos, muchísimos más. A lo mejor no, me reconforto, no tendré que explicar nada porque con esta noche de perros es poco lo que se ve. Quedarán para mañana las estadísticas.

—¿A qué hora es el avión que usted espera?, porque esto va para largo.

En efecto, nos estamos deteniendo a medida que nos aproximamos al automóvil accidentado.

—¡No joda!, la rueda en la cuneta. ¡Ahora sí es verdad! ¡Y para colmo un rústico!

Un hombre se acerca a nosotros intentando protegerse con una chaqueta. Es el infortunado que solicita ayuda para levantarlo.

—¡Pero bueno, maestro! ¿Usted cree que yo soy grúa?

El hombre continúa en su difícil búsqueda.

—Y no es nada, que si no sale de ahí, aquí nos quedamos todos. No, si es que me va a tocar a mí bajarme con este palo de agua, a agarrar una pulmonía porque yo soy muy delicado para el agua.

Volvió al cabo de unos minutos chorreando. —Que si usted tiene celular.

Lamenté informarle que no, caso contrario ya lo hubiera ofrecido para solucionar el caos en que nos encontrábamos. Los conductores se exasperan y comienza el concierto de cornetas. Mi conductor regresa al volante.

—El de atrás tiene celular. Van a llamar a una grúa porque no hay manera de cogerlo en peso —me explica—. Usted va a ver que la Guardia Nacional no se aparece ni por todo eso, ¿para qué están, digo yo, para qué están? Muévase un poco para este lado porque ese vidrio no cierra bien.

Compruebo que por el lado derecho el agua entra mojando el asiento. Mi conductor me pasa un pañuelo y sigo las instrucciones implícitas. Seco el asiento y me arrimo al otro lado. Lo escucho estornudar y mascullar de nuevo a propósito de que hoy era el día en que él debería haber ido

al taller de Maracay.

Hoy, ciertamente, es un día cualquiera. Un día en que aquel hombre hubiese podido arreglar todas las incertidumbres de su automóvil, un día que yo hubiese podido cerrar como siempre, con un libro, un video, conversando con mi marido o ayudando a mis hijos en la corrección de algún trabajo. Una noche común y corriente que se cierne sobre nosotros sin ninguna conmoción particular. Pero es la noche que Isabel ha escogido para ponerle término a su ausencia, a su exilio voluntario; la noche que, dentro de todas las posibles, quedará señalada para mí como la del regreso de Isabel. Miro la hora y constato que si la grúa no llega pronto me voy a retrasar. Fuera de mi marido y mis hijos nadie sabe de su viaje, del que no le he dicho nada a los demás, en parte porque entiendo en sus silencios que todos, unos más otros menos, están resentidos con su prolongada ausencia, y en parte por la avaricia de tener para mí sola la alegría de su vuelta. Quiero suponer que es igual para ella; que por interesante que sea su vida, guarda la intimidad y la presencia de lo que fueron sus raíces. Nunca había leído tantas cosas como ahora acerca del ser humano árbol, el ser humano definido por la raíz. Seguramente, en la medida en que nos hemos ido fragmentando y diluyendo, ha sido necesario rescatar alguna base firme o definible, al menos localizable. Los novelistas escriben acerca de sus “raíces” y al público le interesa sobremanera comprobar cuántas raíces son posibles: aquí una escritora de Taiwán; allá un poeta de Timor; aquel novelista de Mauritius. Nuestras raíces son un tanto sospechosas, diría Isabel.

El automóvil comienza a moverse lentamente. Miro por la ventana los perfiles de la cordillera cortando la oscuridad.

Un rayo ilumina la montaña como si alguien hubiese encendido el interruptor de unos focos gigantes. Sí, éstos son los mismos perfiles que vi la primera vez que recorrí esta autopista, en medio de la admiración y éxtasis que causaba a los adultos aquella magna obra de comunicación terrestre. Éstas, por lo tanto, deben ser mis raíces y las de Isabel, puesto que estábamos juntas aquel día memorable en que bajamos al litoral por la recién inaugurada autopista de La Guaira. Me quedo esperando la llegada de aquellas dos niñas, de sus voces, de los comentarios de papá y mamá; me quedo esperando las imágenes de aquella vieja película en blanco y negro y no llegan. Sólo el silencio de la montaña oscura, del agua cayendo sobre los automóviles y la voz de mi conductor hablando para sí mismo. Me gusta trasladarme en silencio, recorrer una ruta ignorada; anónima para los que me acompañan en ese momento, como ellos para mí. Me proporciona una sensación de libertad plena, de que el mundo es una novela de aventuras leída en la infancia en la que todo puede ocurrir, en la excitación de que quizás, unos minutos después, encontraré el fin de mí misma o de mi vida. Los perfiles oscuros de la montaña desplegándose mientras descendemos me son de pronto desconocidos, como si me estuviese dirigiendo hacia una ciudad nunca visitada o recorriendo un país del cual no supiera nada más de lo que puede indicar un atlas. Me digo, esto es a lo mejor lo que buscaba Isabel. Ser otra. Evitar lo previsto.

Cuando ocurrieron los sucesos del 27 de febrero de 1989 la llamé. Supuse, y supuse bien, que nada había reseñado la prensa internacional. Se mostró muy sorprendida y repitió varias veces la misma pregunta: “Pero, esto, ¿era algo esperado?”. Carlos Eduardo le envió después varios

recortes de periódico y algunos artículos de análisis; no dio señales de haberlos leído. En todo caso, su pregunta más inquietante era si nosotros lo habíamos *previsto*. Le aseguré que no, que todo el mundo había confesado su desconcierto. “Isabel —comentó Carlos Eduardo— se fue de aquí acostumbrada a un mundo previsible, a una política conjeturable.” Creo que tiene razón. Es difícil que entienda algo de lo que no nos ha ocurrido, es decir, de lo que no pasando da origen a lo que nos pasa. Pero me prometí a mí misma no entrar en la sociología. Lo único que quiero rescatar de estas consideraciones es que si Isabel huyó de un mundo previsible, puede regresar con tranquilidad: hemos dejado de serlo.

Se oyeron unos tiros. Federico se levantó, seguido de Carlos Eduardo y Pedro, y miraron por la ventana.

—Pero, ¿qué están haciendo? —gritó Margarita—. Es lo más peligroso asomarse cuando hay disparos, lo dicen siempre.

Rodrigo y Enrique se acercaron también. El sonido de las balas, lejos de disminuir, aumentaba.

—Son ametralladoras —dijo Enrique.

—Son Fal —dijo Rodrigo.

—Hay un barrio cerca —comentó la Dra. Toledo—, a veces se ponen las noches muy movidas.

Esperamos unos minutos sin hablar. Todos queríamos escuchar un silencio y que, movida o no, fuera una noche más, pero las ráfagas de las ametralladoras eran cada vez más largas y seguidas. Se oyeron también estallidos de bombas.

Carlos Eduardo miró el reloj. —Son las tres de la mañana —comentó como si aquella precisión quisiera decir algo.

En ese momento el tiroteo era tan fuerte que nos sobrecogimos. Las dos enfermeras de guardia entraron con la cara descompuesta. No querían estar solas y se sentaron en la sala de espera junto a nosotros.

—Me parece —dijo Federico— que es hacia Los Chorros. Voy a llamar a mi hermano.

—Pero, ¡a esta hora!, Federico —gritó de nuevo Margarita—. Los vas a despertar.

—¿Tú crees que ellos no están despiertos?

—¡Pongan la televisión! —gritó después de una corta conversación.

La Dra. Toledo corrió hacia la habitación donde estaba la televisión. Corrimos detrás de ella y nos apretamos como pudimos dentro de la pequeña sala. En la pantalla una tanqueta intentaba subir los escalones del Palacio de Miraflores.

—¡Esta sí es la última! —exclamó Marisela—. Le dieron un golpe a Tatén.

—¿Quién es Tatén?, papá —preguntó Luisa Mercedes.

—No preguntes necedades, niña —contestó Federico—, deja oír.

El video se repetía una y otra vez sin que añadiera novedades a lo que ya habíamos comprendido: el Movimiento Bolivariano había interrumpido el hilo de los acontecimientos.

Marisela marcaba frenéticamente las teclas de su celular intentando comunicarse con “la gente”. No explicó quiénes eran “la gente” pero todos supusimos que se refería a las altas esferas del partido en trance de derrocamiento.

—Esto pasa a cada rato en este país —le dijo Federico—.

Ustedes tumbaron a Medina, pues ahora les sale que los tumben a *ustedes* un rato.

Margarita lo miró con su mirada de desaprobación. Federico era hijo de un ministro medinista y no había olvidado aquel 18 de octubre. Vivía en cierta forma en un permanente estado de ánimo como de 19 de octubre de 1945. Pero Marisela estaba bastante entrenada en este tipo de comentario y le contestó:

—*Ustedes* es mucha gente, Federico. *Ustedes* no me incluye a mí porque el año 45 yo no había ni nacido. Y, además, el general Medina era un dictador.

Federico no es de callarse así como así pero en eso el teléfono empezó a repicar y nos quedamos esperando a que la doctora lo atendiera. Era su marido, el doctor Toledo, preocupadísimo por la situación y explicando que por nada del mundo nos moviéramos de allí, cosa que evidentemente nadie pensaba hacer; me pareció percibir que a la doctora le había conmovido esa llamada. La televisión seguía prendida y el video repetía lo mismo sin que lo escucháramos. Volvimos a la sala de espera. Era como si ya nos hubiéramos cansado de ver el video. Mariselita, abrazada a su mamá, lloraba sin hacerse notar. Pedro se acercó a ella y la abrazó también, tranquilizándola de que nada le ocurriría.

—La insolencia de esta mujer —rumiaba Federico por lo bajo—, venirme a decir en la cara que el general Medina era un dictador.

Margarita le contestó con un gesto de “ya tú sabes con quién estamos tratando”. Carlos Eduardo opinó que no era el mejor momento de revisar el asunto. Por una parte, les recomendaba su libro “Insurgencias militares en la Venezuela contemporánea. El 18 de Octubre”, en el que se ocu-

paba del tema y ninguno había tenido el interés de leer, y, por otra, sugería seguir mirando la televisión para estar al tanto de los acontecimientos.

Sonó el celular de Pedro. Lo llamaba un amigo que vive cerca de la casa presidencial para informarle que se veía fuego en La Casona.

—*Are they burning down the Casona?*—preguntó Mariselita llorando con más desesperación.

Marisela había finalmente logrado comunicarse con “la gente” y comenzó a retransmitir noticias frescas.

—Ya está todo controlado.... sí, ¿y él?... a salvo... ah, bueno, menos mal... ¿a qué hora?... no se sabe... bueno, pero entonces ya todo... ajá... ya todo bajo control... ¿Y Blanca?... fuera de peligro...

Por más insolencia que Federico le atribuyese, él, como todos, contaba los segundos para que dejara de hablar por teléfono y nos explicara la situación.

—Carlos Andrés va a hablar de un momento a otro desde TeleVén. Todo está controlado —exclamó triunfalmente.

Nos precipitamos de nuevo a la habitación donde estaba la televisión y una media hora después el Presidente, efectivamente, habló.

—No creo tanto en ese control. ¿Vieron el estado de palidez y de nerviosismo en que está? A lo mejor es una maniobra de los golpistas, lo pusieron a hablar para que crean.

Todos sabíamos que Federico deseaba desde lo más profundo que el golpe triunfara para poner así fin a su estado de ánimo de 1945. Pálido, nervioso, el Sr. Pérez nos comunicó que los golpistas habían sido reducidos. Las enfermeras trajeron una bandeja con vasitos plásticos llenos de café

y caímos en cuenta de que estaba amaneciendo. La Dra. Toledo me llamó. Tía Olga estaba muriendo. Todos seguían escuchando el video, ahora el de Carlos Andrés Pérez, que también se repetía hasta la saciedad. “Sexo, mentiras y video” dijo mi hijo Rodrigo pero nadie estaba para chistes.

—Son ustedes muy pintorescos —comentó Oswaldo Rojas—. La verdad que no me los imaginaba así.

Entre tía Olga y las tanquetas se nos había olvidado que los Rojas estaban allí, encerrados y esperando el desenlace de los acontecimientos. Marisol trataba de comunicarse con sus hijos que debían estar por levantarse.

—¿Cuántos hijos tienen ustedes? —le preguntó Pedro sin comentar acerca de nuestro pintoresquismo. A Pedro probablemente le parecía que lo único que nos unía a los Rojas era el hecho de ser una familia humana en progresión.

—Tres, pero el mayor está en España haciendo un postgrado. Marisol recuperó la nacionalidad para ella y los muchachos, lo que nos interesa es que ellos puedan vivir allá si quieren. Las cosas aquí...

Pedro hizo un gesto de que no era necesario que le explicara nada acerca de “las cosas aquí”.

—Mi hija se va el año que viene a estudiar a Estados Unidos —comentó como para que los Rojas supiesen que aun sin otra nacionalidad podía la prole escapar de “las cosas aquí”.

—Ah, magnífico —corroboró Oswaldo Rojas.

Quién te conozca que te compre, pensé yo.

—¿Y qué estudia el que está en España? —preguntó Pedro interesadísimo en el futuro del joven Rojas.

—Cooperación Pesquera Europea.

—Magnífico —repitió mi hermano—. No siguió el camino de los padres, ¿no?

—No, quería algo diferente, y por supuesto que en Europa las cosas son de otra manera que aquí —era un *aquí* muy subrayado.

Convencido de las características de nuestro *aquí*, Pedro volvió a lo que en el fondo más le interesaba.

—Y a Marisol, en la profesión, ¿le fue bien, no?

—Bien no, de maravilla. Es asesora de una de las compañías de construcción más importantes del país —le dijo el nombre al oído—, ¿la has escuchado nombrar, no?

—Por supuesto, tienen fama de lavar dólares como locos —Pedro no pudo soportar la envidia que Rojas le estaba produciendo.

—Pura envidia —dijo Oswaldo Rojas como si le hubiese leído el pensamiento—, pura envidia de los que no han sabido aprovechar las oportunidades.

Todo el lío en que Pedro había estado metido con el asunto de la financiadora había salido por la prensa durante más de quince días, así que era obvio que Rojitas estaba al tanto. Pero no se quería quedar con ésa. Mi hermano, a raíz de aquello había perdido mucha “representación”, se había convertido en un nombre quemado en beneficio de los nombres no quemados. En el chivo expiatorio que era necesario sacrificar para que los otros siguiesen sacrificando al resto. Carlos Eduardo opina que no es en el fondo demasiado inteligente y que por eso lo agarraron de sopa. Sin embargo había logrado meterle el dedo en el ojo a Rojitas porque Rojitas tampoco era el niño Jesús, y, por más que se hiciese el bobo, sabía que Pedro estaba diciendo algo más que conocido.

—Además, chico, ¿cuál es el problema? Si no fuera por esos dólares este país se hubiese parado hace rato.

—¡Caramba! Un médico a favor del narco...

El tono se iba encrespando. A Oswaldo Rojas no le gustó el comentario.

—Yo no te estoy hablando de salud pública, te estoy hablando de economía, de recesión, el que se quiere drogar se droga igualito, y con ese chorro, sea legal o no, se le ha dado trabajo a mucha gente.

—A tu mujer, por ejemplo.

—Yo no sé de qué estás hablando, mi mujer es una profesional bien competente que está donde debe estar. Lo que pasa es que a ustedes no se les mete en la cabeza que el país ha cambiado y que ya no mandan como mandaban.

—Todos hemos cambiado mucho, no creas. A ti te recuerdo más combativo.

—Mira, vale, yo contigo no tengo nada que ver. Una vez le brindé a tu prima un *hotfodge* y la mandaron a Suiza, y después me casé con la hija de los conserjes de tu abuelo, con la que por casualidad estudiaste en la universidad. Y tú en cambio te casaste con la hija de uno de los adecos más corruptos de este país y te metiste en la misma. Y más nada.

—No me vengas a dar lecciones de moral.

Si estuvieran en otra parte se hubiesen caído a golpes pero al fin y al cabo estaban en una clínica y la Dra. Toledo se asomó a decir que Pepe estaba un poco mejor y si querían podían pasar a verlo. Rojas salió detrás de ella destemplado y Pedro me invitó a sentarme con él en otra parte.

Miré a Pedro y él me miró a mí. Hacía mucho tiempo que no nos mirábamos, que evitábamos la mirada. ¿Qué evitábamos? Probablemente la ternura de unos niños que sonreían ignorantes de que el futuro sobrevendría. Lo vi sentado frente a mí en las butacas de mimbre que amoblaban

una terraza posterior de la casa clínica hablándome de Marisela y de los problemas que se le presentaban en relación con Mariselita. ¿Qué había ocurrido con su vida? Había sido el yerno perfecto, el cómplice perfecto, el marido casi perfecto, y todo había sucumbido en un terremoto. Arruinado, por poco preso, cornudo.

Estábamos los dos en bata y pantuflas, sentados en el porche de la casa jugando monopolio. Larguísimas partidas de monopolio que no terminaban nunca hasta que alguien nos avisaba que nos teníamos que bañar, partidas en las que nadie podía ganar, que los dos queríamos ganar. Sí, queríamos ganar a toda costa. Una constante promesa de felicidad nos abrumaba la infancia. Seríamos personas mayores y seríamos felices. Así estaba pensado. “La cultura burguesa es promesa: de un universo armonioso en el que se puede gozar sin escrúpulos de los bienes de este mundo.” Nunca he encontrado una mejor definición. No me cansaré de esa frase de Alain citada por madame de Beauvoir.

Pero ahora está también lejos el momento de esa lectura. Ahora tengo delante de mí a un niño con bata y pantuflas que arroja los dados del cubilete y compra la cartulina azul del Paseo del Prado. Y yo, probablemente enfurecida porque veo que va a apoderarse de todas las cartulinas azules, grito desesperada que me está haciendo trampa. Margarita, más allá, grita a su vez que nos callemos, que hacemos demasiada bulla, y alguien vuelve a recordarnos que debemos bañarnos. Miro la mirada cansada de ese niño, veo que es un niño al que se le ha caído mucho el pelo, en realidad tiene el pelo blanco, veo que es un niño que al reír muestra los surcos a los lados de la boca, su sonrisa se ha apagado un tanto. Veo que es un niño que sonríe porque aprendió a

sonreír y no ha olvidado cómo hacerlo. Veo que es un niño muy cansado que se afloja el nudo de la corbata, de su elegante corbata. Pedro usa siempre corbatas que me gustan, no como las de Carlos Eduardo que parecen sacadas de un ropero de damas cristianas. Afloja el nudo y arroja la corbata sobre la chaqueta que está en la silla. Estoy esperando a que tire los dados sobre la mesa, estoy a punto de gritar que me está haciendo trampa, era mi turno y él ha tirado dos veces seguidas. Veo que me ve como miran los hermanos a las hermanas, con aire de superioridad porque él tiene pipí y yo no. Y él verá también a una niña cansada, a una niña cuya sonrisa quizá recuerde.

Nos miramos y pensamos en nuestras respectivas felicidades. Nos miramos y quizá nos sentimos un poco avergonzados de cuánto nos han costado; de que hemos quedado tan desnudos, de que esa promesa de felicidad era excesiva, de que hemos hecho lo que hemos podido.

No quisiera por nada del mundo volver a esas promesas, no quisiera retomar la interrumpida partida de monopolio. Siento todo lo interpuesto entre esos dos niños, lo que aún está allí interpuesto entre ese hombre y esa mujer que se hablan en esta clínica en la que él trata de explicar los inexplicables problemas que le ha producido Marisela, y ella trata de comprender los incomprensibles problemas que él trata de explicar. “Eso le pasa por casarse con esa muchacha”, había sentenciado Margarita. Allí estaba reducido todo lo que no puede ser fácilmente entendido, se resumía el secreto de su infelicidad. Al niño que miro le suena el celular y lo escucho contestar rápidamente, no quiere hablar con el interlocutor del celular sino conmigo, con la niña que juega monopolio con él, y explicarle por qué le han salido mal los

dados. Juega con el celular como pudo jugar con la pistola de agua con la que me mojaba produciéndome furor. ¿Por qué yo no tenía también una pistola de agua? Sólo los varones tienen pistola de agua. Guarda ahora su pistola de agua en el bolsillo de la chaqueta que ha colocado sobre la silla, pero antes me moja. Me humedece con el recuento de los problemas que le sigue ocasionando Marisela, a quien ya yo he olvidado, a quien Margarita ha decretado ya hace tiempo que todos hemos olvidado. Su presencia hoy, aquí, en la clínica en la que muere tía Olga, es una casualidad, una presencia que no nos perturba porque para eso somos imperturbables, hemos sido educados para la imperturbabilidad. Eso me encanta de mí, de nosotros, esa posibilidad de estar altamente perturbados siendo imperturbables. Esa posibilidad de que yo miro al niño que tengo delante y veo su perturbación, y él ve la mía, y seguimos hablando y nadie se ha perturbado.

Estos son los momentos en que se desencadena mi diálogo de identidades interiores.

(¿Eso cómo lo aprendiste? ¿En qué clase se veía esa lección? ¿Se la has enseñado también a tus hijos?)

Es sólo la división de lo privado y lo público, la interioridad preservada del burgués. No hay nada que temer.

Pero, en este momento, quisieras, quieres, acercarte al niño que te mira, y...

Y nada. Nada quiero. El niño y yo nos entendemos sin ninguna otra demostración.

*Pero, ¡qué inteligentes son ustedes!
Inteligentemente imperturbables.)*

El niño ha crecido. Somos dos adolescentes que ya no jugamos monopolio en bata. Ahora estamos hablando de problemas amorosos. Llegados a ese tema, ya no hablamos de Mariselita, hemos entrado en un camino mucho más perturbador. Ahora vamos a demostrar nuestra verdadera capacidad de imperturbabilidad. Ahora podemos tocar el hueso de nuestras vidas sin que se nos mueva un músculo, sin que una sola de las arrugas deje ver a los adolescentes perturbados que fuimos. Ahora podemos preguntarnos si en esa promesa de felicidad estaba incluido que nosotros éramos también sujetos de amor. No, por supuesto, que no, diría Margarita, olvidada ya de los tiempos en que lloraba en su cuarto el desaire de su primer novio. No fuimos educados para ese tipo de perturbaciones.

*(¿Eso estaba también en la división de lo público y lo privado?
No contesto.)*

Afortunadamente Carlos Eduardo se sienta a nuestro lado. La conversación cambia, comentamos lo absurdo y patético de todo lo que nos está ocurriendo. Sonreímos ante nuestra situación. Carlos Eduardo intuye que ha interrumpido una conversación perturbadoramente imperturbable, y que gracias a su presencia será imperturbablemente perturbadora. Los dos niños nos miramos y se lo agradecemos, podemos continuar la partida de monopolio.

—¡Qué cosa!, ¿no es verdad? Encontrarme aquí con Rojitas.

María Josefina se había acercado sin que me diese cuenta.

—Ni se te ocurra decirle Rojitas, acabo de presenciar un pleito entre él y Pedro de los que terminan a botellazos.

—Pero, ¿por qué si estaba tan contento de vernos?

—No estoy tan segura. Pedro y él se han empezado a sacar a la cara todos los trapos sucios, entre los cuales, prima, está tu célebre exilio suizo a consecuencia de tus furtivos encuentros con tu amor de los tiempos de la Billo's.

—¿Y quién se acuerda de eso a estas alturas?

—El susodicho.

—¡Por favor! Ni yo me acuerdo de eso. La memoria de los hombres es definitivamente diferente a la de las mujeres.

Una de las causas por las que María Josefina había cogido mala fama en la familia era por sus planteamientos feministas. A Federico, particularmente, le daban grima. “A lo mejor, después de cuatro divorcios, nos sale feminista”, había comentado un día que María Josefina tuvo la infortunada idea de invitar a Luisa Mercedes a una conferencia de María Luisa Bemberg. “Y quién es esa señora Bemberg?”, vociferaba como un energúmeno mientras la muchacha intentaba inútilmente salir de la casa. “Una cineasta feminista muy famosa que está de paso por Caracas”, había contestado imprudentemente mi sobrina. “¡Ahora sí es verdad! Dígale a su tía que usted no va para la conferencia porque su papá no quiere, no invente que no puede ir, sino diga que su papá no quiere.” Luisa por supuesto no fue y Margarita me llamó aterrada para contarme lo sucedido y la preocupación que tenía porque su hija le había dicho que no iba a la conferencia porque no quería que a su papá le diera un infarto, pero que cualquier día de éstos se iba para el coño, así mismo. “Si mamá hubiese escuchado esto”, repetía Margarita llorando. Mamá no está ya y no te preocupes por pendejadas, le aconsejé, y dile a Federico, de paso, que tampoco se preocupe

tanto por pendejadas. “Se me olvidaba que Carlos y tú han decidido ser modernos”, me contestó furiosa.

—¿Por qué no me escribiste?

Algo de la atmósfera apocalíptica que se había suscitado me llevó a preguntarle así a María Josefina. Como si antes de que se produjera el fin del mundo tuviera necesidad de dejar las cuentas claras.

—¿Por qué no te escribí cuándo?

—Cuando te fuiste a Laussane.

—¡Ay, Ana! ¡Qué cosas tienes! ¿Quién se acuerda de eso? ¿Por qué no te escribí? Porque estaba en otra cosa. Eras una niñita.

—Ya lo sé. Por eso necesitaba que me escribieras. Isabel y yo esperábamos tus cartas con mucha impaciencia, queríamos saber todas las cosas.

—Te voy a decir la verdad, algo que nunca te he dicho. Isabel nunca me gustó. Una vez te mandé a hacer una carta astral, y la astróloga dijo que en tu infancia habías tenido una mala influencia de otra niña de tu edad que te había hecho mucho daño.

—¡Qué absurdo! —me sentía molesta de aquella confesión, que María Josefina consultara a su astróloga hasta para mover un pie era su derecho, pero ¿quién le había dado permiso para mandarme a hacer mi horóscopo?

—No vamos a pelear hoy, no hay razón. Estamos nerviosas, agotadas, el tiempo se hace interminable, estamos desde ayer en esto. Menos mal que me traje un sobrecito de Ginsen. Voy a preparar un té para todos. El agotamiento produce agresión, por eso es que Pedro peleó con Rojitas y yo estoy a punto de pelear contigo por Isabel, a quien no hemos vuelto a ver desde el año... ¿desde qué año no vemos a Isabel?

—Desde 1970 exactamente.
—Dígame eso, ¡cómo pasa el tiempo! —y se fue a hacer su té de Gin-Sen y yo me quedé muy triste y muy cansada.
Ingrid Toledo se acercó con una taza de té normal y corriente.
—¿Quiere? —me dijo.
La tomé y ella se sentó a mi lado.
—Son ustedes muy unidos.
Yo la seguía mirando con acuciosidad. De pronto la memoria se presentó con certeza.
—Kinder Las Mercedes. 1950 -dijo.
—Kinder Las Mercedes —repetí—. No puede ser... la niña húngara...
—Creo que sí... Soy Ingrid Horowitz, Horowitz con h intercalada. Aunque me estoy divorciando pero decidí continuar usando el Toledo de mi esposo, estoy harta de tener que deletrear el mío constantemente y me molesta que lo escriban mal.
—No recordaba tu apellido.
—Polaco.
—Pensé que eran húngaros.
—No, polacos.
—Curioso, estaba convencida de que eras la niña húngara del salón.
Hubo un silencio
—¿Cómo me reconociste? Ha pasado tanto tiempo.
—Vi tu nombre y tu foto en el periódico hace poco. Has publicado algunos libros, ¿no?
—Soy escritora. Te menciono en una de mis novelas.
—¿A mí?
—Sí, a ti. Fuiste un sagrado recuerdo de mi infancia.

—¡Qué raros son los escritores!

En eso una enfermera nos interrumpió. Ingrid se levantó y volvió a los pocos minutos. Algo en su rostro había cambiado. Me pareció que el tono de su voz delataba una emoción lejana. Se volvió a sentar a mi lado.

—Mis padres murieron hace ya tiempo. Mi padre murió cuando todavía era una niña. Mamá daba clases de piano. Yo fui su peor alumna, no me gustaba la música. ¿Cómo es un recuerdo sagrado? —dijo después de un silencio.

—Un recuerdo sagrado, creo, es una insignia, una cicatriz, una huella que te asegura que tú eres tú.

—¿Porque tienes alguna duda al respecto?

—Todas.

Me gustaba la manera de reírse de Ingrid. En mi sagrado recuerdo Ingrid era una niña triste, vestida de gris, muy insignificante. Ahora era una mujer muy desenvuelta, muy firme.

—El año 1950 pasó algo grave, ¿qué fue?

—Mataron a Delgado Chalbaud.

—Es verdad, mis padres se conmocionaron con aquello. Era como si la paz que habían venido buscando quedara en entredicho.

—Los míos también.

—Pensándolo bien tú también eres un sagrado recuerdo de mi infancia. Mi madre quedó anonadada cuando me fue a buscar a tu piñata. Estaba muy contenta de que me hubieses invitado, nadie lo había hecho. Tú fuiste mi primera invitación a una casa “venezolana”. La recuerdo porque ella insistió en el tema por un tiempo.

Fuimos de nuevo interrumpidas, esta vez por Margarita que quería cerciorarse de que las instrucciones de la Dra.

Toledo habían sido seguidas fielmente por la enfermera. Reasegurada de que así era, se alejó mirándonos con curiosidad.

—Es tu hermana mayor, ¿no?

—Sí, Margarita.

Pensé que quizá eso era todo lo que teníamos que decirnos, nos habíamos reencontrado y habíamos localizado el momento en que fugazmente nuestras vidas se habían tocado.

—¿Qué especialidad tienes?

—Psiquiatría, no de las más lucrativas. Ahora, con el asunto del divorcio he tenido que tomar algunas guardias, ésta, por ejemplo. ¿Tú estás casada?

Le señalé a Carlos Eduardo que hablaba con Federico en una esquina de la sala de espera.

—¿Tienes hijos? —le pregunté.

—Una hija que vive en Israel. Dijo que quería recuperar sus raíces y se fue a Tel-Aviv a estudiar Medicina —se rió—. Hay de todo en este mundo.

Me reí también.

—Yo tengo dos, Rodrigo que tiene veinte, el muchacho con la camisa verde, estudia comunicación social, y Elena, la que está vestida de negro, su color favorito. Tiene diecisiete y termina este año el bachillerato. Y tu ex ¿a qué se dedica?

—Es médico también, pediatra.

—Carlos Eduardo es abogado pero no ejerce. Hizo después de viejo un postgrado en politología y ha escrito algunos libros. Es profesor universitario —tuve la sensación de que a Ingrid no le interesaba nada saber acerca de Carlos, ni de mí, ni de nada más. Me pareció cansada, evadida por un

momento de una tarea seguramente agotadora, y pensé que éramos dos mujeres que se encontraban por azar allí, como hubiéramos podido coincidir en un aeropuerto, en una cola de cine o en la caja del supermercado.

Amanecía. Ingrid Toledo se levantó y volvió unos diez minutos después. Tía Olga acababa de fallecer. La seguí a la habitación. Abrió la ventana y un día que prometía ser luminoso se desparramó sobre la cama en que tía Olga había muerto. Ingrid Toledo le cerró los ojos que se habían cristalizado mirando hacia la lámpara del techo.

—¡Qué día para morir! —dije.

Hubiera querido expresar un sentimiento más delicado, una ternura, una conmoción, una tristeza rescatada desde allá lejos cualquier tarde en que curioseaba su estantería de libros, pero, ¿para qué engañarme?, lo único que pensé en ese momento es que un velorio en golpe de Estado tendría inconvenientes. Y en verdad los tuvo.

—Que no pueden venir.

Federico había llamado a las dos funerarias “conocidas”, pero la respuesta era la misma: no podían venir.

—Pero, ¿qué es eso de que no pueden venir? —Margarita no creía que a veces existe ese tipo de respuesta—. Yo llamo inmediatamente a Julio y le explico que sus empleados no quieren venir.

Julio era el dueño de las funerarias y amigo de la familia de toda la vida, pero cuando Federico, acicateado por la insistencia de una esposa con treinta años de curriculum, llamó a Julio, la respuesta fue la misma: no podía obligarlos a salir en medio de una guerra.

—¡Qué guerra ni qué guerra! —gritaba Margarita—, ya dijo Carlos Andrés que todo estaba bajo control.

—Es que no lo está tanto, no lo está tanto, ¿no oyen los tiros y los aviones? —decía Federico muriéndose de gusto.

Carlos Eduardo anunció que él iba a llamar a otras funerarias y pidió la guía de teléfono.

—Pero, ¿a qué tipo de funeraria vas a llamar? —preguntó Pedro.

—A una funeraria que quizá no sea representativa pero al menos presentativa —le contestó Carlos con tono manifiestamente molesto.

La cosa es que todas las funerarias contestaron igual. Nadie quería salir de donde estaba, a lo sumo daban largas y pedían un poco de tiempo hasta que se tranquilizaran las cosas. En la última llamada colgó el teléfono furioso, le habían preguntado si no había televisión en su casa.

—El *home* donde están mis abuelitos en Miami tiene servicio de funeraria —comentó Mariselita.

—¿Y cementerio particular también? —añadió Luisa Mercedes que es muy impertinente.

—No, el cementerio es del *county* —disparó Marisela— y se paga con los impuestos.

—Vaya, qué conveniente —dijo Carlos Eduardo.

Ya a estas alturas Marisela estaba muy curtida del sentido del humor de la familia y no pisaba los peines que pisaron en otra época su madre y sus hermanas cuando trataban de impresionar a mi abuela, así que se quedó muy tranquila y solamente dijo como para sí misma:

—Yo lo que no entiendo es por qué, si doña Olga vivía en Estados Unidos, se vino para acá...

... A traernos esta molestia, completé su frase mentalmente, pero en eso Ingrid Toledo intervino y calmó los ánimos.

—No hay por qué angustiarse con esto, la señora Olga

está en su habitación y allí puede estar hasta que la situación se normalice. Eso sí, cerré la puerta porque cuando se empiecen a levantar los pacientes no quiero que se impresionen, así que los que quieran entrar me piden la llave. Voy a estar ocupada ahora pero por favor llámenme si me necesitan.

Margarita nos convocó a rezar el rosario y se fue a la habitación de tía Olga seguida por todos menos de María Josefina, quien dijo haber abandonado la fe católica, y yo, que me sentí en capacidad de informarle a mi hermana mayor que también había llegado a ser mayor.

Regresaron y en la televisión seguían tranquilizándonos con el video del presidente, pero cuanto más lo pasaban, más lograban el efecto contrario.

—Fíjate que solamente pasan el video, él no ha vuelto a salir. Por algo será...—decía Federico, loco de que anunciaran que el presidente estaba muerto, abaleado, casi enterrado.

—Eso no tiene nada que ver —comentó Pedro—. Es simplemente que no hay otra noticia que transmitir y no quieren dejar la pantalla vacía.

En eso el video, que ya nos sabíamos de memoria, fue interrumpido y salió la señal de identificación de la Oficina Central de Información con música clásica de fondo.

—Igualito que cuando Pérez Jiménez —gritó María Josefina—. ¿Se acuerdan de la musiquita de golpe?

Dijimos todos acordarnos.

A continuación la imagen de un ministro ocupó la pantalla. Apenas comenzó a hablar, Federico, esta vez acertadamente, observó que estaba muy pálido y nervioso. En efecto, el ministro trastabillaba la voz de modo alarmante y su interceptada alocución culminó en lo que mi abuela llamaba “un vahído”.

Margarita también se acordó de la palabra.

—Le está dando un vahído. Se va a desmayar.

La transmisión fue interrumpida y volvimos al cartelito de la Oficina Central de Información con la música de fondo. Luego, de nuevo el Himno Nacional y el video. Decidimos apagar el aparato.

Los jóvenes terminaron de rezar el rosario con Margarita, estaban completamente aburridos por la falta de nuevos acontecimientos y así lo dijeron.

—Ya no está pasando más nada —comentó mi sobrino Enrique.

Carlos Eduardo se enfureció y la agarró con Elena injustamente.

—¿Qué es lo que quieren? ¿Que salga el cadáver de Carlos Andrés? ¿Cómo que no está pasando más nada? Hay un golpe de Estado. Desde hace más de treinta años no había ocurrido nada como lo que está ocurriendo hoy y a ti te parece aburrido.

—No estoy aburrida, papá, estoy cansada porque no he dormido en toda la noche y ya dieron la información que iban a dar, habló ese señor que no dijo nada porque se sintió mal, y el video del presidente me lo sé de memoria - dicho lo cual Elena salió de la habitación con el aire de princesa ofendida que sabe poner muy bien cuando ha sido tratada injustamente.

—Dejen prendida la televisión por lo menos —dijo Pedro—. En cualquier momento se presenta algún acontecimiento.

Pero no se presentó nada. Afuera se seguían escuchando las ametralladoras y explosiones de granadas, y adentro Mariselita seguía llorando en el hombro de su madre que

trataba de asegurarle que La Casona no sería quemada.

—¿Por qué le importa tanto La Casona a esta niña? —comentó Margarita.

—Por eso, porque es una niña —le contestó Marisela.

De lejos escuché a mis hijos y los de Margarita. Se habían sentado en el piso haciendo una rueda y se reían.

—Nunca me había imaginado que un golpe de Estado fuera así —dijo Vanesa—. De video en video. Sale un video y habla un tipo, sale otro video, y habla otro tipo...

—Sale otro video y se desmaya un tipo... —agregó Rodrigo.

Las carcajadas subieron de tono.

—¿Quieren callarse la boca? —les gritó durísimo Carlos a quien no se le pasaba el malestar con lo que llamaba “la imbecilidad de estos muchachos.”

—¡Peerrrrrooo! —gritaron todos al unísono.

—Tu papá como que está arrecho —dijo Enrique.

—No, sólo está nervioso —contestó mi hija sabiamente.

—Sinceramente, con respecto a tu tía Olga, el desenlace era inevitable, y hasta necesario.

Me gustó la manera en que Ingrid Toledo lo dijo.

—Por supuesto, sabemos eso.

—Tú tenías una prima, ¿cómo se llamaba?, tenía la misma edad, creo, estaba también en el kinder.

—Isabel.

—Pero no ha venido, ¿o es ésa?

—¿... con los pantalones amarillos? No, ésa es Marisela, mi ex cuñada. Isabel no vive aquí, en Venezuela, quiero decir. Se fue hace muchos años y no ha vuelto.

—A veces he pensado volver a Cracovia, yo nací allí, pero cuando digo la palabra “volver” me parece absurda, volver, ¿a dónde?, ¿a qué?

—¿Tienes familia allá?

—Nadie absolutamente. Toda mi familia murió en la guerra, mis padres y yo fuimos los únicos sobrevivientes, gracias a que logramos salir de Europa y venir aquí. Bueno, hubiésemos podido ir a otra parte, a Estados Unidos, por ejemplo. Muchos amigos de mis padres, los que pudieron salir, se fueron a Estados Unidos. Se escribían durante los primeros años y siempre le decían a mi padre que se fuera para allá, pero él no quiso.

—Me imagino que ahora lo lamentas.

—No, en absoluto. No lo lamento para nada. Llegamos aquí como hubiéramos podido llegar a cualquier otra parte del mundo. Aquí llegamos y aquí nos quedamos.

—Es medio raro, de Cracovia a Caracas. Quiero decir...

—Ya sé lo que me quieres decir, a ti te parece que es muy lógico que tú estés aquí, en cambio, yo no. Pero no es así, no hay ninguna lógica para que nadie esté donde está.

Me cruzó la idea de que Ingrid tenía una exacta razón, no sólo no había ninguna explicación para que estuviésemos en Caracas, ni siquiera la había para que estuviésemos en aquella clínica o asilo, o casa de reposo, o como quiérase que se llame donde estábamos sentadas en unas incómodas butacas de sala de espera.

Elena se acercó para decirme algo.

—La Dra. Toledo y yo fuimos condiscípulas cuando éramos chiquitas.

Mi hija hizo un gesto amable que yo, que la conozco demasiado bien, sé que quería decir “no me importa nada

aunque trataré de saludar amablemente a la señora”, pero a Ingrid, que no la conocía, le pareció una niña muy bien educada.

—Mi hija es también muy bien educada, la educó mi madre porque yo estaba estudiando el postgrado y no tenía tiempo. A la europea. A mamá no le gustó mucho mi matrimonio, opinaba que Toledo no iba a ser un buen marido y tuvo razón porque no salieron muy bien las cosas que digamos.

—Mamá también tenía sus teorías acerca de los maridos que salen buenos y los que no. Creo que es una característica materna saber cuáles son los mejores maridos para las hijas.

—¿Y a ustedes les salieron buenos?

—Pues más o menos —dije con ese sentimiento de traición que experimenta toda mujer cuando habla con otra acerca de los hombres que ha tenido—. Creo que Margarita y yo nos damos por contentas, mi prima María Josefina no tanto, pero a ella tú no la conociste, es mayor que nosotras.

—Y a Isabel, ¿cómo le salió?

—Isabel no se ha casado nunca —de pronto tuve una duda acerca de mi afirmación. ¿Se había casado Isabel? Nunca lo había anunciado pero eso no era una prueba. ¿Cómo podía yo saber si alguna vez Isabel se había casado en Francia o en Alaska, o en las Bahamas?—. Al menos eso creo —añadí.

—Mi hija se casa pronto. Supongo que eso quiere decir que no va a regresar. Y la verdad que para estar pagando pasajes de avión Caracas-Tel-Aviv voy a tener que hacer bastantes guardias.

Comprendí que la Dra. Toledo no sólo estaba agotada de hacer guardias en un geriátrico sino que estaba sola, muy

sola, la vida la había arrinconado a una soledad irremisible. Me leyó el pensamiento.

—Probablemente supones que no me queda nada en el mundo más que mi trabajo.

—Bueno, no creo que uno deba decir “nada más que mi trabajo”, el trabajo es quizá lo más importante.

—Trabajo porque tengo que ganarme la vida. La vocación médica se me quedó en algún sitio, en algún momento que olvidé. Si pudiera ganar dinero de otra forma lo haría, y si tuviera el dinero me olvidaría completamente del hecho de que soy médica. Estudié medicina porque era el mayor deseo de mis padres. ¿Qué querían tus padres que estudiaras?

—No sé, no estoy segura —mentí flagrantemente. Estaba perfectamente segura de que mis padres no querían que estudiase nada—, de todos modos no fui a la universidad - completé su pregunta.

—Ya. Bueno, volviendo a lo de antes, no estoy tan sola como puede parecer.

Un gesto de picardía me hizo entender que ahora venía lo bueno. Odio un poco bastante ese tipo de confesión femenina pero era inevitable.

—Tengo a alguien —hizo una pausa dramática—. Me compré un perro cuando Toledo se fue.

Me alegré de que Ingrid no me decepcionara. Si me hubiera dicho, “tengo un amante” me hubiese parecido vulgar. La vulgaridad de querer decir “no estoy desahuciada, todavía le gusto a los hombres”. Si Ingrid Horowitz tenía un amante me parecía muy bien pero no quería que me echara a perder el reencuentro sacándose conmigo la amargura que evidentemente le había producido el problema Toledo.

—No, no te iba a echar el cuento de que tengo un aman-

te. Al fin y al cabo eres una desconocida, y además odio ese tipo de confidencia.

—Nos parecemos —le dije—. Pensé lo mismo hace un momento.

Conozco muy bien a Margarita. Con el rabo del ojo la había mirado un par de veces y sabía que estaba muerta de la curiosidad, mi diálogo la excluía y a Margarita no le parecía que nada pudiese unirle a la Dra. Toledo más que la extinguida vida de tía Olga. De modo que decidí ser generosa con ella, y cuando pasó al lado nuestro haciendo como que iba al baño la llamé.

—Te dije que le resultaba conocida a Ingrid y por fin se acordó. Era del kinder Las Mercedes, ¿te acuerdas?, el que quedaba en la cuadra de la casa.

Margarita, por supuesto, se acordaba, le pareció que las dos teníamos muy buena memoria, y luego me comentó que era estupendo que la doctora que había atendido a tía Olga fuera “alguien conocido”.

—No creo que Ingrid sea alguien realmente conocido —le dije.

—Pero, bueno, ¿no me acabas de decir que estaba contigo en el kinder?

No tiene mucho sentido recordar la infancia. Lo único maravilloso de la infancia es que el boleto está lleno, nuevo. Con frecuencia me imagino la vida como un boleto de varias entradas que el revisor va marcando para anularlas; probablemente es también una visión infantil, un recuerdo de algún momento en el que montaba en un aparato de diversiones de feria y veía disminuir mis posibilidades de gozo a

medida que el revisor horadaba mi billete. De mi infancia lo que recuerdo con mayor placer, lo único que verdaderamente me produce nostalgia, es la sensación de billete nuevo, que finalmente es también una ilusión pues nada garantiza al portador que el billete sea de larga duración. Muchas personas mueren en la infancia, es una etapa de alta mortalidad, pero no ha sido mi caso, y cuando pienso en el kinder Las Mercedes y veo la pálida figura de Ingrid, vuelvo a la sensación perdida y maravillosa del billete nuevo.

Margarita tiene una vivencia completamente distinta. Ella recuerda con alegría nuestra infancia, la he escuchado decir que la considera la época más feliz de su vida, que nada ha sido mejor desde entonces, y a veces sueña que es una niña y que papá y mamá están vivos y jóvenes, sentados con ella en el Packard negro de mi abuela. Creo que es un falso sueño, los sueños no suelen ser así. Al principio de mi psicoanálisis anotaba mis sueños en un cuaderno, hoy no los recuerdo. Quizá porque mi psicoanalista fue cambiando la técnica y dejó de darles importancia. Margarita, creo, necesita pensar que existen las continuidades, por ello, si Ingrid Toledo fue alguien conocido, eso la reconforta. Asienta en ese conocimiento una esperanza, una seguridad. La verdadera Ingrid, la de mi billete nuevo, no la conocí, murió aquel día en que dejamos de vernos. Esta, la doctora Toledo, es una perfecta desconocida con la que tengo en común el echar de menos a dos niñas conocidas y muertas. Es una compañera de viaje que alguna vez me enseñó su billete, yo le enseñé el mío, y viéndonos nos dijimos, lo tenemos nuevo.

(¿Por qué no te entregas a la nostalgia? ¿Qué problema hay en ello? No me digas que no quisieras volver a ese momento, esa mañana apaciguada en la que el mundo era para ti un jardín cuidado, unos

pasos encauzados que bajaban la calle de tu casa mientras escuchabas el ruido de las chicharras; esas personas mayores te sonríen, te aguardan con cariño, con optimismo, esperan a que entres en la pequeña escuela, vestida de overoles rojos, y te sientas en el pupitre verde mostrando tus ojos ávidos de aprender. Están allí para enseñarte, para abrirte la puerta al tesoro del mundo: el conocimiento. ¿Por qué no admites que quisieras ser de nuevo esa niña?

Porque lo he olvidado. Porque se me ha perdido la sensación que iba anudada a ese momento, porque solamente puedo escribirlo, pero he perdido por completo el sentimiento de que esa niña que bajaba era yo. Esa niña, Ingrid o yo, yo o Ingrid, es lo mismo, una palabra. Y esa palabra ha quedado vacía.)



La lluvia ha comenzado a ceder pero unas nubes muy bajas siguen entorpeciendo la visibilidad y preocupan a mi conductor. Seguramente, asumo, se siente solo en este momento. No hace el recorrido como yo, con la esperanza de una gran alegría, sino como un viaje más de su rutina de trabajo, y para colmo exasperado por los inconvenientes que hemos venido encontrando.

—Salimos por fin del problema, ¿no? —le digo.

—Sí...

Le noto un tono dubitativo.

—La grúa no tardó tanto como pensamos -insisto.

—No...

—¿Pasa algo?

—Esta cuestión de la caja, que a veces la tercera no me pasa...

—¿Cree que se complique?

—No, no creo —vuelve a contestar sin lograr reasegurarme en mi inquietud.

¡Quién aguanta a Isabel si nadie la ha ido a recibir! O a lo mejor no, me corrijo. Debe estar más que acostumbrada a llegar a los aeropuertos sin que nadie la espere, sin tener que darle cuentas a nadie, sin otra preocupación que la de cumplir su destino, o incluso modificarlo sin previo aviso. He sentido muchas veces esta tentación: llegar a algún lugar y evadirme de los que me esperen, de los que me conozcan,

sean muchos o pocos, dirigirme hacia un punto elegido al azar, dar otro nombre que el mío, presentarme como alguien que se dedica a algo de lo que no sé nada —por ejemplo, presidenta de la sociedad protectora de aves migratorias—, y fabricar rápidamente una historia que no tengo. Es tan fácil suponer cualquier otro origen familiar o ninguno, otra procedencia, otra ruta; es tan fácil, por favor, pergeñar una biografía que me convierta en alguien que no soy pero que podría haber sido. Entre las películas que he visto y los libros que he leído, las anécdotas que he escuchado y la gente que he conocido, creo que no me tomaría más de cinco minutos inventarme otra identidad completamente distinta a la mía, dibujarla a la perfección, repetirla un par de veces hasta no fallar un solo dato, en fin, ninguna clandestinidad estaría fuera de mi alcance. Un poco de verosimilitud en las hipótesis, un poquito de imaginación, ni siquiera demasiada, y ya, estaría lista, como nueva, preparada para asumir una nueva existencia.

Vuelvo a Ingrid. Tengo entendido que más de ciento veinticinco millones de personas viven en un lugar distinto al de su nacimiento. Si el destino de Ingrid Horowitz era morir en el ghetto judío de Cracovia, y a estas alturas es la psiquiatra de un geriátrico en la ciudad de Caracas, ¿qué más quiero como posibilidad de alteridad? Y si nuestro encuentro tiene por origen el hecho de que en 1950 existía un kinder en la calle de la que entonces era mi casa, que además coincidía en estar cerca del domicilio de los Horowitz, elegido por quién sabe qué razones tuviesen para ello, y que yo, a mis cinco años de edad, me decidiese a insertar en el menú de invitaciones de mi madre el nombre de una persona absolutamente desconocida para ella y también para mí, a la

vez que los Horowitz, en vez de haber embarcado para Nueva York lo hiciesen en dirección a La Guaira, si todas esas coincidencias eran necesarias para que ahora me hubiese de nuevo encontrado con Ingrid en el último día de la vida de mi tía Olga, si todo eso, en fin, había sucedido, perfectamente podría decirle a cualquiera que yo era Ingrid, así como Ingrid podría decir que era yo.

Mi juego secreto favorito es ponerme a imaginar todas las variables, circunstancias y coincidencias que han sido necesarias para que mi encuentro con alguien tenga lugar. Es un juego que puede llevarse hasta el vértigo. Por ejemplo, en el caso de Ingrid tendría que remontarme a los pogromos medievales que fueron empujando a los judíos al centro de Europa, y hacer coincidir este hecho con las causas que llevaron a algún pastor extremeño o a algún toneletero gaditano a recoger sus cosas y decirle a su mujer que pasaban a América, desembarcando en esta costa, quién sabe si por una mala mar. Lo denomino “juego de la infinitud del cálculo situacional improbable”, debería patentarlo. “Busque sus raíces en el *Trivial Situation Pursuit*.” Pero mi *situation pursuit* de esta noche no es trivial, es nada menos que la recepción de la persona que más cerca está del corazón de mi infancia, cuya raíz no es parecida a la mía sino simplemente la misma, es el encuentro con una niña que yo soy, es mi espejo, mi verdad, si es que tal cosa existe.

—¿Sabe una cosa? Ahora cuando lleguemos a la estación de gasolina me voy a parar un momento para revisar esto —escucho que me habla mi conductor.

—Pero ahí no va a haber nadie a esta hora —le contesto molesta.

—Ya lo sé, es para pararnos en un sitio seguro.

—¿Seguro?

—Bueno, es que si me paro en la orilla nos llevan por delante. ¿Qué le parece?

—No sé, suponía que cuando ustedes mandan un taxi es porque está en buenas condiciones —digo sin disimular mi malestar.

—Suponía, suponía, es que esto no es cuestión de suponer, una cosa es la que se supone y otra la que pasa. Ahora, si usted se quiere ir en otro taxi no le cobro el viaje.

—¿Cómo me voy a ir en otro taxi? Usted sabe perfectamente que no puedo hacer eso, arregle lo que tenga que arreglar pero yo me voy a quejar con la compañía.

Mi conductor, con un gesto de “las mujeres, raza maldita”, se pliega a la derecha hasta estacionarse. ¿No querías una ruta desconocida hacia un destino ignorado? El genio de la lámpara te escuchó. Estás en un lugar sórdido, completamente a oscuras, en una estación de gasolina abandonada, expuesta a todos los peligros humanos y telúricos, y a la bondad de este hombre de quien no sabes exactamente nada. ¿Algo te garantiza que es el verdadero conductor del taxi y que todo esto no es más que el truco para asaltarte?

—No le puedo dar ninguna garantía pero creo que en veinte minutos lo arreglo. ¿Le importa aguantarme la linterna?

Me doy cuenta, al verlo de frente, que es un hombre de unos sesenta años, que sí es el verdadero conductor del taxi y no piensa para nada asaltarme, es simplemente un hombre con un automóvil en malas condiciones que debía aquel día haber llevado al Taller Mendoza, y yo lo único que puedo y debo hacer es pedirle excusas por mi tono malcriado de ciudadana que sabe sus derechos mientras le sostengo la linterna

para ver si salimos de abajo. Así que eso es lo que hago.

—Gracias. No se preocupe que lo voy a arreglar, no podremos ir muy rápido pero usted llega segura al aeropuerto, que es lo que quiere. ¡Claro que llegamos! Este carro no me ha dejado a mí nunca y no va a ser hoy la primera vez.

—Siempre hay una primera vez —le digo en broma para diluir un poco la tensión.

—No, chica, ¿por qué va a ser hoy la primera vez?

Lo dejo sumido en su caja de velocidades y pienso que lo más que puede pasar es que llegue el avión de Isabel, que ella vea que no estoy y decida subir por su cuenta a Caracas. Tiene la dirección y el teléfono, y en casa están Carlos Eduardo y mis hijos, que se angustiarán un poco al saber que no llegué a tiempo después de haber salido con tanta anticipación, pero se tranquilizarán cuando en algún momento consiga llamar y contarles mis percances. Para el Día de la Madre, quiero un celular. Y eso es todo; como dice este sabio, una cosa es la que se supone y otra la que pasa. ¿Quién hubiera supuesto que el 4 de febrero amanecía de bala? Nadie, y así ocurrió. Creo que a Isabel le gustará la historia de aquella noche. Trato de tranquilizarme evocándola.

La aparición de Toledo se produjo aproximadamente a las diez de la mañana. Entró, saludó a todo el mundo uno por uno, muy envarado y cortés como si fuese un embajador que ha llegado tarde a una recepción, y luego besó a Ingrid en el cachete. Dijo que todavía no había pasado el peligro, la ciudad estaba cortada con alcabalas por todas partes y él había logrado sortearlas gracias a su carnet de médico y alegando que lo habían llamado para una emer-

gencia. Nos dio sus condolencias por tía Olga y procedió a servirse una taza de café y a comentar, como todos hacíamos, los incidentes de tan inusitada circunstancia. La televisión había anunciado que los rebeldes estaban detenidos y mientras tanto esperábamos.

Oswaldo Rojas se había refugiado en un rincón entregado a su celular y Toledo se sentó con Marisol en las escaleras de la entrada. El asilo era una casa años treinta, esas viejas casas que sucesivamente han ido cambiando no sólo de habitantes sino de función. Conservaba, sin embargo, la estructura original y estaba emplazada en un gran parque. Ingrid me llamó y me invitó a pasar con ella a la cocina en la que ya el personal procedía a preparar el almuerzo de los internos.

—¿Quieres algo? ¿Más café, unas galletas?

No tenía ganas de nada. Sentía el estómago estragado y un gran cansancio, sinceramente lo único que quería era irme y acabar de enterrar a tía Olga, pero como nada de eso era posible acepté un café con leche.

—Es muy amable Toledo en haber venido, se ve que se preocupa mucho por ti.

Ingrid me miró con un aire de descreimiento demasiado obvio.

—Pues me pareció... —dije para corroborarle que había agarrado la seña.

—¿Quién te ha dicho que vino por mí? Vino a asegurarse de que no le había pasado nada a Marisol, y quizá con la esperanza de que a Oswaldo sí le haya pasado algo. Marisol es la pasión de su edad tardía.

—Me sorprende pero tampoco tengo ningún motivo para estar enterada de estos detalles; a Marisol la conozco muy

poco y a Oswaldo menos.

Colocó las tazas vacías en el fregadero y me señaló la puerta trasera que abría al jardín.

—Se parece un poco a tu casa, ¿verdad?

—Más o menos, ésta es un poco anterior, la nuestra era años cuarenta, ésta la veo más en estilo gomecista.

—Me encantan esos matices que tienen ustedes...

(Ana, dile que estás un poco harta del ustedes y el nosotros.

No, no quiero decir nada que hiera el sagrado recuerdo de mi infancia; por el contrario, pienso que si vamos a los ustedes, ella tiene mucho qué decir.)

—Así que Toledo y Marisol...

Estábamos sentadas bajo un árbol de caucho, en unas sillas de plástico que desmerecían de la solemnidad del recinto, y entre los árboles se veía el Ávila. No se escuchaba absolutamente nada más que esos pequeños ruidos de jardín caraqueño, algún pájaro, de pronto unas chicharras, las hojas enroscadas levantándose por un golpe de brisa.

(Vamos, confiesa, te gusta el Ávila. Confiesa tu alma de terrateniente, te gusta ver la montaña que rodea tu solar.

¡Esta sí es la última! ¿Es acaso el Ávila un asunto de terratenientes? Me gusta ver el Ávila como me gusta atravesar las calles de mi barrio (la palabra "urbanización" me resulta intolerable), y diluir mi automóvil entre los otros, mirar el pavimento después de la lluvia, los rostros ajenos de los pasantes, los quioscos de periódicos cerrados, la soledad que se desprende de las escasas luces de los comercios...

Retiro lo dicho.)

—Toledo y Marisol están empatados hace mucho tiempo, me imagino que por eso ella no se ha querido divorciar,

es como si llevase demasiados años casada con él.

No estaba muy segura de si Ingrid quería que le siguiese preguntando o prefería contar la historia por su cuenta, argumento que me imaginaba tenía ya más que sabido y armado. Decidí una aproximación lateral.

—La verdad que parecen sacados de una novela inglesa. Todos se saludan como si no estuviese pasando nada.

—Es que ya no está pasando nada. Toledo y yo no hemos terminado el proceso de divorcio porque hay algunos punticos económicos en los que no hemos llegado a un acuerdo y mi abogado me dijo que no le firmara sin que eso quedara claro. Es por el apartamento de mis padres, él quiere que forme parte de lo que hay que dividir y a mí me parece una carajada. Pero en lo personal todo ha dejado de pasar hace tiempo.

—No salió tan buen marido Toledo —dije tratando de disminuir la tensión de aquellas confesiones.

—No, para nada. Tenía razón mi madre.

Me gustaba reírme con Ingrid, me hacía sentirme parte de una narración que había quedado abandonada en un jardín parecido.

—¿Y cómo llegaron ustedes a los Rojas, o los Rojas a ustedes?

—Pues de la manera más natural. Oswaldo Rojas compró un consultorio en la clínica en que nosotros trabajábamos. Era una clínica en San Bernardino con un movimiento de pacientes bien establecido. Alguien se fue y le vendió el consultorio. Oswaldo y Manuel —Toledo se llama Manuel— se cayeron bien y empezaron a jugar tenis los sábados por la

mañana; parece que Marisol se quejó de que ella se quedaba sola con los niños en la casa y decidieron incluirnos, de modo que se fue rutinizando la programación de fin de semana. Toledo y yo éramos socios del club Hebraica y los invitábamos a pasar el día en el club. Ellos jugaban tenis, los niños se bañaban en la piscina y las mujeres conversábamos y compartíamos las tribulaciones de ser jóvenes esposas profesionales, hijas de emigrantes en trance de subir posiciones. *Full* clase media. Que si queríamos un apartamento más grande o preferíamos una casa, cuánto le pagábamos a la empleada, si podíamos o no pasar las vacaciones en Orlando, dónde comprábamos la ropa, a cuál carnicería íbamos y cuál era el mejor colegio. En fin, medíamos nuestras situaciones y medíamos también cuántas amistades importantes habíamos logrado, comparábamos día a día las señales de nuestro ascenso, el agradecimiento a nuestros respectivos padres y el esfuerzo que en eso íbamos dejando.

Toledo y yo caímos en éxtasis desde el primer momento. Marisol y Oswaldo pertenecían a una raza que hasta ese momento nosotros ignorábamos absolutamente, un grupo humano del que habíamos escuchado hablar pero nunca con la suerte de conocer: los intelectuales de izquierda. Esto se evidenció rápidamente en las conversaciones, en los temas de discusión, en las propuestas que comenzaron a surgir de películas que ni habíamos visto ni pensado ver, en los comentarios de libros para nosotros desconocidos, y sobre todo en las anécdotas políticas. Marisol y Oswaldo de vez en cuando dejaban caer frases de “cuando estábamos en la lucha”, o, “de la época del partido”, y sin que nos diésemos mucha cuenta comenzamos a ser amigos de sus amigos, muy similares a ellos pero definitivamente muy diferentes a

nosotros. Así los empezamos a tratar, a invitar a nuestra casa, o a ser invitados a la suya, ávidos de que la amistad con los Rojas se prolongara y profundizara, y dispuestos a hacer todo lo que fuese necesario para ser aceptados. Toledo y yo fuimos educados en dos horrores: el comunismo y la bebida, ahora reunidos en la misma edición, de modo que aquello representaba una suerte de rebeldía atrasada, de diferenciarnos de nuestras familias y nuestros orígenes, de ser por fin nosotros y no siempre los niños del colegio Moral y Luce, a quienes sus padres mandaban los domingos a buscar el almuerzo que vendía la señora Kisilevy. Paralelamente la clínica iba muy bien, eran años de bonanza, todos ganábamos bastante dinero, y Marisol decidió renunciar a un puesto que tenía en alguna oficina del gobierno para entrar a trabajar en una compañía privada. Esta ocasión la recuerdo muy especialmente y asumo que Toledo también porque fue la noche en que se vio a sí mismo frente a la flor de su secreto.

Marisol se sentía, al parecer, profundamente deprimida por su propia decisión. Siempre había querido ser arquitecta para construir viviendas populares y ahora iba a ser asistente de proyectos en una firma que producía apartamentos de lujo. Esa noche para combatir la depresión que le causaba su éxito, se había tomado demasiadas copas de vino y aquello había terminado en desempolvar unos discos de los sesenta y cantarnos canciones revolucionarias que Toledo y yo nunca habíamos cantado, pero ellos y los otros amigos sí. El clima se fue caldeando y todo el mundo empezó a beber mucho, más que otras veces, quiero decir. Resultó que sin que nos hubiésemos dado cuenta todos ellos, los amigos de los Rojas, se sentían también profundamente deprimi-

dos. A todos les estaba yendo de lo más bien, todos eran exitosos profesionales de los setenta y eso los mataba de la depresión. Toledo y yo nos mirábamos con ganas de echarnos a reír o de huir, pero no nos atrevíamos a ninguna de las dos cosas; permanecíamos en silencio haciendo como que también bebíamos y cantábamos. Marisol perdió completamente la compostura, agarró un pañuelo rojo y empezó a bailar una canción española, algo de *Carmela*. Todos se pusieron a darle palmas y Toledo también porque sus padres son de Melilla y le gusta esa música. A mí, una judía polaca, te imaginarás. Pasó por delante de Toledo, le enlazó el cuello con el pañuelo y lo sacó a bailar. El ambiente me parecía que se había puesto totalmente deprimente y en lo que pude le dije a Toledo que nos fuésemos, pero no quiso, de modo que amanecimos en el apartamento de los Rojas rodeados de botellas, de niños dormidos en los sofás, de vasos y ceniceros inmundos mientras Oswaldo y sus amigos hacían café y huevos revueltos, y seguían dándole vivas al Frente Argimiro Gabaldón.

Al día siguiente era domingo. Afortunadamente habíamos dejado a nuestra hija en casa de mamá, y pudimos dormir hasta tarde. Toledo tenía un ratón considerable porque no estaba acostumbrado a beber, y yo me sentía furiosa, no podía explicarme demasiado bien por qué estaba tan furiosa, pero lo estaba. Al fin y al cabo, ¿a mí que me importaba que aquellos necios se sintieran deprimidos por lo bien que les iba? Yo había sido educada para que me fuera bien y me sentía contentísima de que así ocurriese, estaba enamorada de mi marido, tenía una hija bella, a mi marido le había aumentado la consulta y a mí me habían aceptado en el postgrado de psiquiatría. Todo estaba bien.

Cuando Toledo se recuperó del ratón, le dije que había estado pensando acerca de la noche anterior y había llegado a la conclusión de que los Rojas no eran exactamente los mejores amigos para nosotros, eran demasiado diferentes, y yo, por mi parte, me sentía curada del síndrome de fascinación del emigrante.

—¿Qué quieres decir con eso? —me preguntó Toledo inyectándose una vitamina B.

—Quiero decir que ya me sé de memoria las arepitas de anafe que hacía la mamá de Oswaldo Rojas en Betijoque así como la entrañable amistad entre su familia y Rómulo Betancourt, y que el hecho de que el padre de Marisol haya sido un obrero combatiente en la guerra de España me tiene sin cuidado. Quiero decir que no siempre tengo ganas de ver cine de autor porque prefiero a James Bond, y no estoy interesada en suscribirme a la revista de la Casa de las Américas. Quiero decir que me siento contentísima de que por primera vez en mi vida puedo gastar sin preocupaciones y que me gustaría viajar y comprarme un carro nuevo, bien caro, y no me siento para nada culpable de que los ideales revolucionarios se hayan deteriorado dentro de mí, porque nunca los he albergado, así como soy extraordinariamente feliz por el hecho de que mis padres y yo no fuimos deportados a Auschwitz gracias a que mi abuelo había sido dueño de una importante fábrica en Kasimierz y tuvo el dinero suficiente para pagarnos unos falsos pasaportes. Eso es todo y que se te mejore el ratón.

Toledo aceptó mi discurso y durante unas semanas nos dedicamos a salir con la niña, a visitar a mis suegros y a mi madre, así como a ir a la playa, al consabido Puerto Azul del que toda la comunidad judía era socia. Pero como también

muchos españoles eran socios, los padres de Marisol los habían invitado a pasar el fin de semana con ellos. De modo que mientras mi hija daba clases de natación, Toledo y yo nos acostamos a tomar sol hasta que escuchamos la voz de Oswaldo. Allí estaba, rodeado de sus tres niños, pidiendo que lo acompañáramos a tomarse un trago. Era difícil negarse o quizá no lo era y no supimos desembarazarnos del compromiso, el caso es que esa noche salimos a comer los cuatro a un restaurante que estaba cerca, el Aymara. Allí se produjo un *impasse* desagradable. Oswaldo quería a toda costa pedir un arroz a la marinera, tú dirás que no hay nada de raro en eso, y no lo hay, el asunto es que Toledo y yo guardábamos las reglas, y yo le dije a Oswaldo que quería pedir otra cosa pero él sólo quería comer arroz a la marinera. Le sugerí que lo pidieran ellos y nosotros pedíamos otra cosa pero el mesonero dijo que había mucha gente y sólo lo preparaban para cuatro personas mínimo. Me sentía enfurecida y dije con un tono decididamente molesto que Toledo y yo comíamos *kosher* y no podíamos pedir eso. La gente nos miraba o me miraba a mí, y Toledo me daba pataditas debajo de la mesa. Marisol pareció comprender que aquello era absurdo y le dijo a Oswaldo que había comido suficiente arroz a la marinera durante su vida y que lo dejara para otra vez, pero Oswaldo estaba bien pasado de tragos y le contestó de muy mala manera. Más nos miraba la gente. Oswaldo volvió a llamar al mesonero a exigir que preparasen un arroz a la marinera para dos y el mesonero volvió a decir que no. Toledo dijo que no había problema, que lo pidiesen para cuatro y lo que sobraba, sobraba. Marisol intervino para insistir en que era una discusión absurda y que ella tampoco tenía ganas de comer arroz a la marinera. Bue-

no, esto se alargó indefinidamente y al final Toledo y yo nos comimos el arroz a la marinera como dos niños culpables, tratando de separar los langostinos para no quebrantar una regla que evidentemente no tiene mucha lógica pero en la que siempre habíamos creído.

Esa noche, cuando llegamos a nuestra habitación, Toledo me dijo que yo tenía razón, aquella amistad no nos convenía, Oswaldo era un tipo muy desagradable y debíamos reducir la relación con él a un asunto profesional. Cuál sería mi sorpresa cuando un mes después Toledo me viene con la buena noticia de que nos vamos a Aruba a pasar el fin de semana con los Rojas. Y allí empezó todo, o mejor dicho allí me di cuenta de que todo tenía tiempo de empezado y de que Toledo había dejado de ser *kosher* hace rato. Los sorprendí inocentemente besándose en la playa en un momento en que suponían que me había ido de tiendas y Oswaldo se había metido en el casino. Marisol me miró con la cara del gato que se comió el canario y Toledo salió corriendo detrás de mí a explicarme que aquello había sucedido sin saber cómo y llorando que le perdonara una locura que nunca más ocurriría. Y la verdad es que le perdoné, en ese momento creí que a cualquiera le podía sobrevenir una tentación y resultaría estúpido romper un matrimonio por un instante.

A partir de Aruba los encuentros con los Rojas terminaron y nos limitamos a algunas invitaciones esporádicas como para no dar la impresión de que se había producido un rompimiento. Yo dejé de trabajar en la clínica de San Bernardino porque el postgrado era a tiempo completo, y las cosas parecieron enderezarse hasta que la secretaria de la clínica dio a luz y mandó de suplente a una sobrina medio débil men-

tal. Llamé por teléfono y la muchacha me dijo que el Dr. Toledo había salido con su esposa.

No sé si te has sentido alguna vez indigna, si has tenido alguna vez asco de ti misma. No es recomendable, pero ocurre, y de vez en cuando es saludable sentir que uno es capaz de cometer una bajeza. Durante varios días espíe a Toledo, quería comprobar lo que no necesitaba comprobación, y saber que Marisol venía a buscarlo —en su carro nuevo, por cierto, el que yo quería comprarme— y lo regresaba como a las dos horas. Las dos horas que Toledo utilizaba para el control de los pacientes hospitalizados. En realidad nuestra rutina no cambió demasiado, simplemente esas dos horas Toledo las repartió saliendo un poco antes y volviendo un poco después. Mi madre, bastante perspicaz, me hizo dos recomendaciones: una, que abandonara inmediatamente el postgrado porque no me quedaba tiempo suficiente para mi familia, y, dos, que tuviera otro hijo. Por supuesto, no atendí a ninguna. Primero porque no quería dejar el postgrado, y segundo porque no quería tener hijos mientras hacía el postgrado. Bueno, ésa es la historia —concluyó Ingrid, acepté su relación con Marisol porque vi que en el fondo no cambiaba demasiado mi vida y dejé pasar el tiempo.

—¿Y después —pregunté.

—Lo que ocurrió después es que Marisol y Toledo empezaron a cansarse el uno del otro y Toledo comenzó a acostarse con muchachas jóvenes. Marisol resultó más celosa que yo y dio un ultimátum. Toledo interpretó aquello como que por fin tenía que tomar una decisión y divorciarse. Me pidió el divorcio, se lo di, y he aquí que ella se ha negado hasta la fecha a dar el mismo paso, de modo que ha conse-

guido relanzar la pasión de Toledo por este amor imposible, y ahí lo tienes, rendido a sus pies, y Oswaldo hecho el loco más que nunca porque con lo que bebe ha ido perdiendo la clientela y ahora Marisol está ganando el billete hereje.

Rodrigo se asomó por la puerta de la cocina y gritó:

—¡Mamá! ¡Que vengas que van a hablar los golpistas!

Me pareció que lo decía con el mismo entusiasmo que cuando era chiquito y me llamaba para decirme que iban a pasar Los Picapiedras.

Carlos Eduardo también se asomó y me hizo un gesto de que me apurara. Ingrid y yo nos levantamos y entramos en la casa. Sentí algo terrible, me interesaba más su relato que la declaración de los golpistas pero, al fin y al cabo, estábamos siendo testigos de la historia. El comandante Chávez salió en televisión y pronunció su célebre “por ahora”.

—Esto no es trabajo para un hombre de sesenta y dos años —dice mi conductor pasándose la mano por la frente para quitarse el sudor—. Suba un poco la luz... ajá, así... no, qué va, ya yo no estoy para esto. Si por lo menos trabajara con un carro nuevo, pero con esto, no, con esto es un milagro todos los días. Nosotros nos íbamos a retirar, sabe, con unos ahorritos que teníamos, y entonces mi mujer se enferma, y eso han sido operaciones para acá y para allá, bueno pues, todo lo ahorrado se me fue en eso, porque usted sabe que ya en los hospitales no dan nada, el médico, y eso si uno no se ha muerto antes de que le toque el turno, todo lo demás hay que ponerlo, entonces, qué va, yo le dije a mi mujer, el retiro será para más adelante. Ella tiene una casita que era de su mamá por La Victoria, pero así sin un centavo

no me puedo estar retirando. Súbame la luz que no veo nada.

Trato de iluminar pero la linterna es pequeña y la batería está baja. Los automóviles pasan velozmente, la lluvia parece haberse parado definitivamente pero sigue siendo una noche oscura. Noche oscura del alma, me escucho pensar. Por favor, no es momento para citas.

—Y su esposa, ¿está mejor?

—Sí, sí, a Dios gracias, mucho mejor. Un cáncer de útero, pero está ya muy mejor, le hicieron todo eso, la radioterapia, la quimioterapia, ajá, ahora sí, como que ya logré darle a este piñón, sí, mucho mejor. Bueno, yo creo que nos podemos ir, despacito porque me tengo que ir ensegundado, pero así llegamos que es lo que importa.

Nos subimos al automóvil y escucho a mi conductor contándome su vida, habla ahora de sus hijos, no salieron como él quería, él pensaba que irían a la universidad para progresar pero no quisieron, eso ha sido una gran frustración para ellos, su esposa y él. Tengo la impresión de que lo conozco, de que ya he comprendido su vida a fuerza de relatarme lo que no le ha pasado, lo que no pasando le ha pasado. En pocos minutos puede entenderse la vida de una persona, en pocos minutos Ingrid Horowitz me explicó su vida con la facilidad que se tiene al hacerlo ante un desconocido, en pocos minutos le contaré a Isabel lo ocurrido aquella noche del 4 de febrero, me hará algunas preguntas y todo habrá terminado. Ella se instalará en alguna parte, comprará un apartamento con la herencia que le deja tía Olga, buscará algún trabajo o quizá no, se dedicará a vivir sin hacer nada. ¿Cuáles han sido sus proyectos todos estos años? En el fondo no lo sé, sólo que ha dado seminarios en distintos países de Europa y que ha prestado servicios en algunos

organismos internacionales, no sé muy bien qué tipo de servicios, es decir, no conozco demasiado cuál es su especialidad. Isabel, en el fondo, es ya una extraña, alguien que se salió de la película y pensará, recordará, imaginará situaciones totalmente ajenas a mí, personas, espacios, atmósferas que me excluyen. Quizá esa condición le permita contarme su verdadera vida. Todo lo que sabemos de los demás a cuenta de conocer su vida son sus mañas. Las mañas de Margarita y Federico, de María Josefina, de Pedro, de Marisela. Las mañas de mis padres, de los abuelos, de las tías.

—¿Qué piensa usted de Chávez? —me pregunta.

—¿De Chávez? No me gusta tanto.

—Yo me alegré —dice—, me alegré cuando lo vi allí, en la televisión, pensé, ya era hora que le dieran un susto a los políticos, ¿qué es lo que han hecho los políticos? Quitarnos todo a nosotros, al pueblo, eso es lo que han hecho. Yo no sé si me gustaría que él mandase, que el golpe hubiera triunfado, no sé, yo creí mucho en la democracia, fui adeco, bastante adeco, pero cuando lo vi pensé eso que le digo, ya era hora que les dieran su sustico, y mi mujer también pensó lo mismo. Porque lo que yo me digo es...

Lo dejo ir. Sé lo que él se dice. Probablemente lo que nos decimos todos, todos los días. Insiste en contarme su vida.

—Yo, aquí donde me ve, fui dirigente sindical. Bueno, ya no se habla del pueblo, ahora se habla de los sectores C, D y E. ¿Usted se ha fijado en eso? Porque usted se acordará de cuando se hablaba del “pueblo”.

Le digo que sí.

—Ahora sacan eso de las letras. Letra cero, ésa es la letra que es el pueblo, nada de C, D y E. Letra cero. Pues sí, yo

era adeco, a mí nunca me gustaron los comunistas, muy pico de plata, pero no, no me gustaban. Yo los conocí bastante, había uno, me acuerdo, era un carajito, ¿no?, de cuando yo estuve un tiempo viviendo en el Pinto Salinas, ése sí que era pico de plata, por allá por los años sesentipico, venía al barrio todos los fines de semana y yo lo veía, ¿no?, lo veía hablarle a los muchachos. ¿Pues sabe dónde me lo encontré? En el hospital. Lo reconocí enseguida, él no se acordaba de mí, de qué se iba a acordar. Tremendo carro, tremendo *flux*, me pasó por delante, Rojas es que se llamaba. Él operaba una vez a la semana en el hospital.

—¿El doctor Oswaldo Rojas?, ¿el ginecólogo?

—¿Usted lo conoce? —me pregunta sorprendidísimo.

—Conozco a un doctor Oswaldo Rojas que es ginecólogo pero no sé si será el mismo.

—No me acuerdo si se llamaba Oswaldo. Rojas seguro porque me acuerdo de eso, de que en Pinto Salinas le decían Rojitas.

—A lo mejor es el mismo —digo sin mucho ánimo de seguir esa conversación.

-Bueno, usted conocerá otro tipo de médicos, digo yo.

Me quedo pensando que probablemente conocemos al mismo Oswaldo Rojas, sólo que en circunstancias distintas.

—Él iba a operar a mi señora pero al final no fue él. Le tocó otro, bastante bueno, el Dr. Carvalho. Muy buen médico el Dr. Carvalho, un señor ya mayor, pero muy buen cirujano, y me regaló unos antibióticos que se los habían dado de muestra del laboratorio. Lo que cuestan los antibióticos, ¿no?, y la quimioterapia, eso sí es caro. Pero, bueno, yo la estoy fastidiando con esta conversación.

—No, no me fastidia, de verdad.

—Usted estará preocupada por el asunto del tiempo, que le va a llegar el familiar y a lo mejor no la encuentra. Aunque le digo, siempre he llegado a tiempo. Nunca he tenido un cliente que haya perdido el vuelo. Una vez, me acuerdo, ese día sí que pensé que el cliente perdía el avión. Imagínese que....

Me acabo de imaginar a Rojitas en el barrio Pinto Salinas en medio de un discurso incendiario, y a la vez lo veo ahora alcoholizado y aguantándole a Marisol agua caliente. No está mal Rojitas, se mantiene bien, canitas interesantes. Tenía buen gusto María Josefina.

—... Pues no lo perdió, así que usted tampoco pierde éste. Hay que ser optimista, eso le digo yo a mi mujer, el día que uno pierde el optimismo, ese día perdió todo.

Noto que hace más calor, estamos llegando al nivel del mar, la noche se ve menos oscura y distingo el agua a mi izquierda. He hecho este recorrido cientos de veces pero nunca con la emoción de hoy. Mi conductor tiene razón. Hay que ser optimista.

Llamaron de la funeraria para decir que como los acontecimientos se estaban reestableciendo, pensaban que podrían llegar más o menos a las dos de la tarde. No habíamos vuelto a entrar en la habitación donde descansaba tía Olga, creo que cuando sonó el teléfono y la enfermera le dijo a Federico que lo llamaban de la funeraria, todos pegamos un brinco de sorpresa como si se nos hubiese olvidado para qué llamaban. Margarita y yo entramos en la habitación. Empezaba a oler mal, muy mal. Margarita se santiguó y rezó un Padre Nuestro. Tía Olga estaba tapada por una sábana y su cuerpo era apenas un pequeño bulto en la cama, no me había dado cuenta de que era tan chiquita.

—No era tan chiquita —dijo Margarita leyéndome el pensamiento—, lo que pasa es que se fue encogiendo.

Recé con ella otro Padre Nuestro.

—No te sabes el que se dice ahora —me regañó.

—Me sé el que me enseñaron las monjas, no lo tengo muy actualizado.

—¿Tú crees que se podrá poner para mañana la esquila en el periódico?

—No tengo la menor idea.

Abrimos la ventana para refrescar la atmósfera y Margarita se asomó al jardín.

—Se parece al de la casa, ¿verdad?

—Eso dijo Ingrid.

—¿Ingrid conocía el jardín de la casa?
—Sí, le impresionó mucho.
—¿Y cuándo fue ella a la casa?
—En una piñata mía.
—Pues no me acordaba.
—Uno no se puede acordar de todo.
—Bueno, ya tía Olga descansó.
—¡Qué raro es todo!
—No lo veo tan raro.
—Quería decir las coincidencias.
—¿Has visto lo que está pasando? —interrumpió Federico

Dios mío, pienso, ¿cómo saber qué más está pasando en una noche en que se muere tía Olga y casi se muere la democracia?

—Algo insólito.

—Algo, ¿cómo qué?

—Algo como que el amigo de Johncito está comprando una iguana... No me miren con cara de que estoy rascado, estoy diciendo lo que está pasando en esta loquera.

Afuera vemos que los muchachos —siempre decimos “los muchachos” para referirnos a la generación de nuestros hijos— están agolpados alrededor del vigilante. Nos acercamos, y, se crea o no, el hombre tiene una iguana amarrada por el cuello con una cabuya como si fuera perro.

Pedro suelta una carcajada. —¡Qué vaina es!

Todos se ríen, las muchachas dan grititos de asco, los varones la azuzan con un palo, el vigilante los regaña.

Brian ha quedado detenido en la escena. Contempla al animal subyugado y mira a Johncito con unos ojos que éste interpreta inmediatamente.

—Ni sueñes con que nos lo vamos a llevar.

Carlos me ve con gesto de impotencia. —Se quiere llevar la iguana a Omaha.

—¿Y a nosotros qué nos importa? —le digo rápidamente.

—Una persona que quiere llevarse una iguana es una persona rara.

—¿Y a nosotros qué nos importa?

Brian, en su poquísimo español y con ayuda de los dedos, negocia con el vigilante. Este parece ser más hábil negociador. Observo a los mercaderes y veo que va ganando el colombiano, quien súbitamente abandona la escena seguido de su perro-iguana, provocando la desesperación del posible comprador. Brian corre detrás y se ve que el dueño de la iguana-perro tiene la sartén por el mango.

—Papi, papi —Elena se acerca a Carlos Eduardo—, que si le puedes prestar una plata a Brian porque no le alcanza para la iguana, y que mañana te la devuelve.

—Mañana, Elenita, no se sabe si el país amanece. ¿Por qué estos niños viven ausentes? ¿Tú no estás consciente de que hay un golpe de Estado?

—Esto no tiene nada que ver con el golpe sino con que Brian le va a comprar la iguana al tipo, ya Johncito le dijo que sí, que se la llevan, pero no tiene dinero suficiente, que mañana cambia y te devuelve, o si quieres te da los dólares.

—O sea que termino yo poniendo la plata para que este marico se compre una iguana.

—No tienes que ser tan desagradable, papá.

—Verdaderamente, Carlos —le digo cuando veo la cara desilusionada de mi hija—, no te están pidiendo nada del otro mundo.

—¿Tú sabes una cosa?, pues que así como los venezola-

nos íbamos a Miami y comprábamos las cosas más absurdas y más inútiles, a los gringos también les gusta venir para acá y comprar cosas absurdas e inútiles. ¿O es que el chinchorro que se compró te parece mejor? ¿Tú crees que un chinchorro es muy interesante? Pues un chinchorro es una pendejada, pero como tú eres de hacienda, te parece que un chinchorro es una maravilla. A ti te molesta porque el tipo es homosexual y tú eres un machista —concluyó Elena.

Carlos Eduardo sacó la billetera y preguntó cuánto costaba la iguana. Extendió el dinero y le vi una mirada de tristeza disimulada en enfurruñamiento.

—No me gusta que Elena me hable en ese tono.

De una tarea materna de la que estoy harta es de servir de central telefónica. Las madres tienen, entre sus deberes, ser la central telefónica que reparte y suaviza los mensajes entre el resto de la familia.

—Pues no le hables tú en ese tono.

Brian mira a su iguana embelesado. La observa detenidamente, intenta tocarla como quien acaricia a una mascota, arranca unas hojitas de grama para dárselas en la boca.

—Dígale que tenga cuidado —me comenta el vigilante— porque ellas muerden.

Repito el mensaje y Brian me contesta que ha leído mucho acerca de las iguanas, en realidad tiene una extensa bibliografía al respecto. Quiso traerse una de México, en unas vacaciones en que fueron a Cancún, pero mi sobrino se negó.

—Siempre he querido tener una iguana, desde niño.

Luego me mira fijamente, recibo la mirada de Brian que parece observarme y detallarme. Tengo la impresión de que nosotros somos las iguanas.

—John me ha hablado mucho de usted, me dijo que es

escritora. Se siente muy orgulloso de tener una tía escritora.

Contesto con timidez que me alegro de que Johncito le haya hablado de mí.

—¿Por qué le dice Johncito?

Le digo que no sé, siempre le hemos dicho Johncito. Brian vuelve al silencio contemplador de la iguana.

—Son animales muy especiales.

Estoy también muy harta de que todo es “especial”. Hay gente “muy especial”, los menús tienen un plato “especial”, los países son “especiales”, los colores, los paisajes, los días, las noches, el amor. Todo se ha vuelto “especial”. Creo que lo inventaron en Estados Unidos, el mesonero anuncia los *specials*, la ropa tiene un precio “especial”, o es de un corte muy “especial” para alguien “especial” como uno. Tiene que ver con la conciencia del anonimato absoluto de la vida, la necesidad de hacernos sentir de que al menos estos *fettuccini* que nos vamos a comer no son como todos los otros que nos hemos comido, y de que una vez que nos pongamos esta franela o nos miremos en el reflejo de la vitrina de este café, algo especial nos habrá tocado, como una gracia, también muy especial. Pero no quiero comunicarle a este joven mi indiferencia con la especialidad de las cosas, así que le contestó que sí, que la iguana es un animal muy especial, y como él ha leído mucho al respecto y yo me he limitado a sentir una profunda repugnancia ante el reptil o saurio, o lo que quiera que sea, opto por el silencio.

—Yo quiero mucho a John, ¿sabe? John es muy especial.

Me lo temía, que mi sobrino fuese “especial” es algo manejado en la familia. Sólo que desde un ángulo bastante diferente.

—Estamos juntos hace cinco años. Es bastante, ¿no?

—Sí, es bastante. Conozco muchos matrimonios que no han llegado a ese *record*.

Brian se ríe mucho. —Usted es su tía favorita. John dice que su tía Margarita es del siglo pasado, que dice haber nacido en 1943 pero es mentira, nació en 1843.

—Margarita es muy conservadora, es verdad. Todos somos bastante conservadores, no creas. Mi marido, mi hermano, mi cuñado. Creo que la más avanzada era mi tía Olga.

—En Omaha la gente es más conservadora aún, muy puritana. Ustedes no son puritanos, al menos. Yo odio esa ciudad. Quisiera que nos mudáramos al Este.

—¿A Nueva York?

—No, también odio Nueva York. Yo me crié en Nueva York. Mis padres llegaron allí cuando yo era muy pequeño. Viví hasta los diecisiete años en Queens. Mis padres trabajaban en un pequeño restaurante, luego mi padre se hizo socio del dueño y les ha ido bien, ellos viven allí todavía. John dice que no es un restaurante sino una “taguara”. ¿Así dicen ustedes? “Taguara, *it’s really funny, I like this word*. Yo también trabajé en el restaurante hasta que conseguí una beca para el City College en Manhattan, y me mudé de barrio. No era una beca en verdad, era un programa para estudiantes “desaventajados”, para minorías. Eso es lo bueno de Estados Unidos, casi todo el mundo pertenece a una minoría. Yo pertenezco a dos, igual que John. Soy oriental y *gay*, y él es hispano y *gay*. Ahora voy a pertenecer a una tercera, los amantes de las iguanas. Mi verdadero nombre no era Brian, ¿sabes? Mi verdadero nombre era Ponh, pero mi padre me lo cambió.

—¿Y a qué ciudad te gustaría mudarte?

—Hemos pensado mucho en Philadelphia, pero no he-

mos logrado trabajo para los dos allí. Yo tuve una oferta buena, era de supervisor, mejor sueldo que el que tengo en Omaha. John no consiguió nada que valiera la pena y decidimos esperar. También nos gusta Boston. Hay que tener paciencia, alguna vez saldrá algo interesante.

—¿Tú no crees que tengas problemas para llevártela?

—¿En el avión? Oh no, le hacemos el *catering* a la línea, conozco a mucha gente. Además, no es más difícil que llevar un perro. Voy a comprar el *kennel* cuando termine todo esto del *coup*. ¿Tú crees que se demorará mucho este problema? Por una parte me fascina. Nunca había presenciado uno, pero por otra me preocupa. Dentro de diez días tenemos que estar en Estados Unidos porque se nos acaban las vacaciones. Habíamos pensado ir a Margarita para visitar al hermano de John que vive allí, y ahora parece que va a ser imposible. Cerraron el aeropuerto, ¿no?

—Da la impresión de que el golpe está controlado, no creo que tome muchos días para que vuelva la normalidad. Bueno, la anormal normalidad en que normalmente vivimos.

—Tu esposo se molestó porque Elena le pidió el dinero para mí. Traté de darle las gracias pero creo que le molestaba más que lo hiciera.

—No, no creo que se molestara. Es que estamos todos muy nerviosos con los acontecimientos.

—Y parte de los acontecimientos soy yo. John y yo.

—¡Qué tontería! Tampoco somos tan... Es decir, quiero decir...

—Entiendo lo que quieres decir, te lo agradezco.

—No creas que me resulta fácil hablar tan seguido en inglés, de repente se me va el hilo y no encuentro las palabras.

—Hablas muy buen inglés, en todo caso mejor que yo español. He aprendido algo con John y otros amigos hispanos, pero me cuesta mucho.

—Bueno, si vuelven el año que viene puedes practicar.

—Tu hija me ha enseñado muchas palabras. Es muy divertida. Me enseñó “arrechísimo”, “ladilla” y otras que ahora no recuerdo, y me prometió también enseñarme a bailar merengue, claro, con el luto de la tía ahora no se puede. ¿Cuánto dura el luto aquí? Mi familia sigue la costumbre original de nuestro país, el luto dura una semana completa.

Pensé que Brian podía indefinidamente hacer preguntas acerca de nuestras costumbres y me sentía agotada de la conversación en inglés. Llegó Johncito a rescatarme.

—Está fascinado con la iguana.

—Bueno, es que cuando me negué en México a llevármela fue tanta la tragedia que ahora decidí ceder. Al fin y al cabo él me aguanta que yo tenga un gato, a pesar de que odia los gatos. Pero un gato es una mascota más convencional que una iguana, ¿no te parece, tía?

—Sí, definitivamente. Nosotros, en la casa, teníamos una gatera.

—Yo casi no me acuerdo de la casa de ustedes.

—Estabas muy chiquito cuando la vendimos.

—Me acuerdo de mi tía Clemencia, sentada en la salita, y de mamá llevándonos a María Alejandra y a mí de visita, y también de una mujer que me decía “vamos, muchachito, camine como hombre”.

—Esa ha debido ser Benita.

Nos reímos duro los dos.

—Cuando yo era chiquita admiraba mucho a tu mamá. Quería ser como ella, tan bonita, tan simpática, con tantos

novios. Tu mamá era muy atractiva.

—Tú sabes que la encontré muy desmejorada en este viaje. La encontré, no sé cómo explicarlo, la encontré vencida.

—Bueno, ha llevado mucho palo.

—Entre los palos, que la dejaron arruinada sus hermanas. Yo quisiera ayudarla y de vez en cuando le mando lo que puedo. Pero no me sobra, no gano tanto, y Brian tiene que ayudar a su hermana pequeña, le paga el *tuition* de la universidad que es carísimo.

—Tu hermano la ayuda mucho, y además no creo que la encontraste mal por eso, si está vencida, y me parece que es una palabra muy exacta, es porque ha dado muchas peleas perdidas.

—Y yo soy parte de ellas, ¿no?

—En absoluto, creo que se siente muy orgullosa de ti, de que te hayas hecho tu vida en otro país, de que...

Me interrumpí porque no sabía de qué más se sentía orgullosa María Josefina de Johncito.

—De que eres su hijo, las madres siempre nos sentimos orgullosas de nuestros hijos.

—Pero quizá no tanto de mí.

—No hables así, Juan Antonio, no hables así porque te hace daño a ti y a mí también.

—Hacía tanto tiempo que nadie me decía Juan Antonio, me recuerda a mis odiados curas del San Ignacio. ¿Y qué se hizo mi papá? ¿Han sabido de él? Yo creo que la última vez que lo vi fue antes de irme a Londres.

No habíamos sabido nada de él en todos estos años. Pero tampoco recordaba que Margarita me hubiese comentado la esquila del periódico anunciando su entierro, así que era

de suponer que por ahí andaba.

—No he tenido noticias tuyas.

Me avergonzaba contestarle así porque el papá de Johncito se había desaparecido totalmente. El de Vanesa también se había desaparecido, aunque en ese caso era más bien que nunca había aparecido del todo.

—¿Y que te parece tu hermana Vanesa? —dije para cambiar el tema del desaparecido.

—Me encanta. Casi que no la puedo ver como hermana porque me fui poco después que naciera. Pero me encanta. Va a venir a visitarnos las próximas navidades, parece que ha resultado una chica muy competente en eso de la promoción de personalidades.

—A mí también me gusta, es mi preferida.

—¿Y qué fue de Isabel, tu prima? Pensé que la vería.

—No, si ella no ha vuelto más nunca.

—Pero sabrá lo que está pasando.

—Yo me imagino que la noticia del golpe le habrá dado la vuelta al mundo entero. De América Latina siempre salen las malas noticias.

—Entonces, a lo mejor llama.

—Sí, seguro que llama.

En efecto, cuando regresamos a la casa después del entierro había un mensaje de Isabel en la contestadora: “Estoy preocupadísima. Nadie contesta el teléfono. ¿Qué pasa? Volveré a llamar”. Pero no fue necesario, llamé yo y dejé el mío: “Lo del golpe ya pasó, estamos todos bien. Murió tía Olga, te escribo”.

—¿Sabes una cosa, tía Ana? Me angustiaba mucho volver porque hacía años que no pisaba este país y tenía miedo de que me diera nostalgia. Pero ahora, no sé si será porque

como a Brian todo le llama tanto la atención, a mí también me parece nuevo, o porque ha cambiado demasiado, o por la cantidad de acontecimientos nacionales y familiares que se han desatado, pero no siento ninguna nostalgia. Me resulta hasta cierto punto interesante, novedoso, cómo te digo, y curiosamente la nostalgia que siento es la de Omaha, la de nuestros domingos en Omaha, la del frío espantoso que debe estar haciendo, la de la discusión por quién le toca hoy limpiar la nieve del frente, la de quién va a pagar el Indonesian Delivery, la sorpresa que va a ser entre nuestros amigos cuando Brian regrese con una iguana.

—¡Qué rara es la nostalgia! —se me ocurrió decirle—. Tú sabes, yo también he perdido mi nostalgia, pero a diferencia de ti no he podido encontrar otra, no he encontrado un sustituto nostálgico. El pasado me parece vacío, como si se hubiese vaciado completamente, y no es porque no me acuerde de las cosas, me acuerdo perfecto de todo, es porque no encuentro nada que reivindicar, que echar de menos, es desesperante. Bueno, debe ser la edad.

—Te ves bellísima, tía Ana, Brian me lo comentó.

—Pues dale las gracias porque hace tiempo que nadie me lo dice.

Marisol y Oswaldo Rojas se estaban despidiendo en la puerta. Me acerqué a ellos, y cuando se estaban montando en el automóvil Oswaldo se dio cuenta de que había dejado el celular y se bajó a buscarlo.

—No es verdad eso que dijo tu hermano —me dijo Marisol.

—¿Qué dijo de qué?

—Eso de que la compañía donde trabajo lava dólares.

—No sé de qué me estás hablando.

—Sí, sí lo sabes, estabas escuchando la conversación desde lejos.

—Puede ser, tengo esa mala costumbre desde niña.

—Y yo tengo desde niña la buena costumbre de ser honesta.

—Pero, ¿qué pasa, por favor? Yo no he dicho lo contrario.

—Ustedes siempre ven mal el dinero de los demás. Sólo les parece honesto el dinero de ustedes, el que hemos hecho los demás siempre huele mal.

(Tiene razón, no la contradigas.

Tiene razón pero no tengo por qué calarme esto.)

—Marisol, estamos muy agradecidos de que nos hayan acompañado en este momento y me alegro de que lo de tu papá no haya sido grave. Si Pedro dijo algo inconveniente, te ruego que lo excuses, todos hemos estado muy nerviosos con los acontecimientos.

(Muy bien. Has contestado como lo haría tu madre. Ahora falta ver qué te contesta ella.)

—Tienes razón, no vale la pena esta conversación. Además me importa un pito lo que tú y tu familia piensen. Ésa es la verdad.

(Basta de respuestas maternas, di lo que piensas y que se aguante.)

—Pues para importarte un pito, te estás tomando mu-

cho trabajo.

—¿Por qué ustedes siempre son los honestos de la partida? ¿Por qué ustedes tienen el derecho legitimado a ser ricos y los demás tenemos que probarlo?

—En otras épocas no estabas tan de acuerdo con el derecho a la riqueza, ahora veo que lo reivindicas.

—Pues sí, ahora me da la gana de ser rica.

—Yo creo que nadie pone en duda ese derecho, ni tu derecho a quitarle el marido a Ingrid.

(Pero, bueno, ¿qué estás diciendo? ¿Qué te pasa? ¿Y esta moralidad a qué viene?)

Viene a que me fastidia su sentimiento de culpa, viene a eso, a que de lo que se sienta culpable Marisol no me hago responsable. ¿De qué me quiere ella culpar?)

—Ingrid es una huevona, y yo no le quité el marido, ella lo dejó perder.

—Marisol, discúlpame, creo que hago falta adentro —y me fui.

(Cobarde. No le has aguantado otro round. Te ha parecido una discusión de mal gusto, de las que huelen mal. Así son ustedes, si algo huele mal se abre la ventana.

Así es todo el mundo, y ya te dije que estaba harta del ustedes y el nosotros. Yo no sé de la legitimidad de Marisol ni me importa, pero en todo caso, el que se pica es que comió ají. ¿Vamos a esperar el Juicio Final que venga a demostrar las inocencias y las culpabilidades? ¿Quién es que viene a repartir los premios?

Ahora eres tú la que estás picada, ¿qué ají comiste?)

Entré corriendo y casi choco con Carlos Eduardo.
—¿Se fueron los Rojas? ¡Qué amables!, ¿no? ¿A dónde vas tan apurada?
—Voy al baño.
Estaba harta de conversaciones.

Ana: Tengo ya tres semanas en París y no te había escrito. No es que no haya querido hacerlo, he pensado en ti todos los días, te lo juro. En el último paseo que hicimos juntas cuando bajamos al litoral. No te había escrito porque los inconvenientes que se me han presentado han sido de todos los tamaños y colores, por fin logré alquilar un apartamento, más bien una habitación, pero suficiente. Cuando vengas te gustará. ¿Cómo estás? Pienso mucho en ti, te necesito mucho, pero a la vez creo que venirme ha sido lo mejor. Vente tú también. Un abrazo que no cabe en esta postal de

Isabel

Era más o menos así el texto de su primera comunicación. No puedo asegurarlo. Guardé la postal muchísimo tiempo, nacieron mis hijos y todavía tenía la postal, entraron en bachillerato y todavía permanecía la postal. Un buen día dejó de estar. No sé cómo se perdió, había resistido dos mudanzas, un perro, dos niños y sus primos, además de una remodelación del estudio. Fue como si un día no hubiese querido estar más conmigo. La busqué de arriba abajo y no apareció. “Pero la postal no tiene patas para irse sola”, me decía la empleada que me ayudaba por tercera vez a deshacer y rehacer la biblioteca. Pues sí, como que se fue sola. La recuerdo perfectamente, era muy isabelino el motivo, una foto del Mayo 68 en la que un circunspecto sexagenario

burgués de sombrero y paraguas miraba con asombro y reprobación un graffitti: *Jouissez sans entraves* se veía escrito en una pared en la que quedaban pedazos de propaganda socialista y un anuncio de “La Pantera Rosa”. “Yo la recuerdo muy bien —decía la empleada—, era una foto, una foto de su papá, ¿no?” No, no era mi papá, le aseguré. La postal había estado colocada en un tramo de mi biblioteca, en el tramo de textos feministas. El fotógrafo, Cartier-Bresson.

Repito que no puedo garantizar todas y cada una de las palabras del texto. Veo, eso sí, la caligrafía de Isabel —la de entonces, supongo que le habrá cambiado la letra—, y recuerdo muy bien la palabra “inconvenientes”. Ya habían comenzado a surgir, a las tres semanas de su partida ya estaban dando vueltas los inconvenientes de la comunicación. En aquel momento me producían angustia, Isabel llevaba consigo la beca de Fundayacucho y una plata que le regaló mamá a escondidas de papá que estaba en desacuerdo. A mí me parecía un viaje heroico y la idea de que hubiese confrontado dificultades para encontrar vivienda me daba ganas de llorar. Quizá no le querían alquilar nada porque era latinoamericana o no tenía suficiente dinero, porque era una muchacha lejana, sola, de un país desconocido, o por todo eso junto, porque no era ella nadie allí ni nadie podía dar fe de que ella era una persona decente. “Para que se mete en vainas, entonces”, dijo mamá cuando le comenté mi preocupación.

La postal me tranquilizó bastante. Los inconvenientes habían sido superados e Isabel tenía dónde vivir, y, aún más, esperaba que yo la fuese a visitar, esperaba incluso que me fuese para siempre. Pero ahora, cuando recuerdo el texto y las muchas veces que lo leí, tengo otra comprensión. En la

palabra “inconvenientes” veo, reconozco el estilo de la familia. Casi que escucho a mamá hablando por teléfono, “lamentamos mucho no ir a tu comida, pero es que a Pedro Miguel se le presentó un inconveniente”. Sí, definitivamente, esa voz educada de mamá y mis tías era la de Isabel en su postal Mayo 68. ¡Qué bien la repetía! “Más bien una habitación, pero suficiente”. Sí, de esa frase también estoy segura; segura de que se me hizo un nudo en la garganta cuando se la leí en alta voz a Margarita. Me parecía inconcebible Isabel en aquella habitación probablemente mal calentada, mi abuela decía que los europeos no creen en la calefacción. Ahora leo otra cosa, simplemente leo que quería darme lástima, hacerme sentir que lo estaba pasando muy mal, que se sacrificaba por seguir su destino. “Vente tú también.” Leí entonces que me necesitaba, que deseaba mi compañía, que ella y yo juntas por París sería como ella y yo juntas por Caracas. Leo ahora muy claramente, “ni se te ocurra venir por aquí, me echas a perder la fiesta”. Sabía demasiado bien, nos conocíamos demasiado, que yo no era capaz de irme, de dejar a los otros, a los demás, que estaba demasiado atada a mis raíces.

En un momento dado Carlos Eduardo y yo pensamos pasar unos años fuera. Se presentó la oportunidad de que nombraron ministro de Relaciones Exteriores a un compañero suyo de colegio que le ofreció un cargo diplomático en Holanda y le dimos algunas vueltas. Pero unas vueltas de compromiso con nosotros mismos, de no confesarnos el uno al otro que no queríamos, que no podíamos. Los argumentos los encontramos fácilmente: mamá estaba muy vieja; nos acabábamos de mudar; el idioma sería muy difícil para los niños y el colegio se volvería un problema; La Haya

es una ciudad muy aburrida; el clima es muy húmedo en Holanda y detestamos la humedad; si fuese en otra parte. Pero era allí y no en otra parte. El verdadero argumento era que vivir en La Haya nos pareció absurdo, en cambio vivir en Caracas es, por lo visto, una de las cosas más lógicas que puede haber. En aquel momento, Isabel, claro que quería irme contigo, solamente que no me atreví. “Vente tú también”, dicho como una niña que invita a otra a montarse en el columpio, a escaparse del colegio, a esconderle las partituras al profesor de música, el pobre Cornejo. No, querida, leída hoy tu postal en mi memoria, puesto que la original ha desaparecido, tu invitación es una mentira, no querías que me fuera contigo, te hubiese recordado permanentemente quién eras y tú deseabas ser otra. Tu postal, ahora que no la tengo, la leo con toda claridad. A las tres semanas de estar en París te acordaste de tu prima, de la persona más cercana de tu vida, porque la pobre tía Luisa te resultaba mortificante, te había tocado una mamá que no te gustaba, con la que no tenías nada que decirte, y te acordaste de mí, de que teníamos al fin y al cabo todo en común, de los juguetes a los novios, y miraste la fecha en algún periódico y dijiste, Dios mío, hace tres semanas que me fui de Caracas y no le he escrito a Ana. Y escribiste un texto perfecto en el que mezclaste todos los ingredientes para que yo llorase cada vez que lo leía, y te aseguro que lo leí y lloré muchas veces hasta que dije, basta. La vida, mi vida, continúa aquí en esta ciudad en la que desde luego no vive Barthes, mi vida sola, sin tu espejo, sin tu complicidad. Yo voy a ser yo, simplemente yo, y estoy sola, como todo el mundo.

Si no dejo mal a madame Foucaud, *jouissez sans entraves* quiere decir “gozar sin impedimentos”, sin trabas, sin obs-

táculos. Yo era la *entrave*. Yo, con mis costumbres, con mi olor de pasado, con mi historia auestas, con mis recuerdos metidos en los pliegues de la piel; yo, con la niña que había acompañado a la tuya, con la mirada que de un golpe podía saber qué estabas pensando, sintiendo, previendo la reacción isabelina. Yo era el impedimento imposible; lo demás, que si la habitación pequeña, las dificultades para encontrarla, el primer sentimentalismo que quizá te atacó cuando te bajaste del avión, todo era superable. Y así me mandaste esa primera comunicación que, ahora me doy cuenta, es la misma que has repetido a lo largo de estos años, poco más o menos la misma idea. La idea del “inconveniente”. Salvo, siempre hay algo que salvar, un instante atravesado, un quiebre de la voz, un gesto que desde la distancia he intuido; de resto, toda tu postal estaba escrita en clave de despedida. Adiós, prima, ahí te quedas con ese fardo. No te puedo llevar conmigo porque alguien tiene que cargarlo y te ha tocado a ti. Eso es lo que me quisiste decir.

Me interrumpo al comprobar que estos pensamientos han ido progresivamente introduciéndome en un odio silenciado por Isabel y comprendo que es injusto. Un odio que ha estado dentro de mí todos estos años; ya mi psicoanalista me había advertido de mi ambivalencia hacia ella, la cual por supuesto yo había negado porque es finalmente un odio contra mí misma. Ahora que has decidido regresar comprendo que te he odiado por irte, por abandonarme, y que todo era una trampa bobísima. Por favor, no me fui porque no quise, no pude, no me atreví, no lo quería tanto. Tú hiciste otra vida, y después de todo habrá sido una vida con entradas y salidas, con paladas de cal y de arena, con los mismos altibajos, buenas y malas rachas que tienen las vi-

das. ¿Acaso esto era un concurso de felicidad? ¿Acaso íbamos a llevar nuestra rivalidad infantil a la feria de la plenitud y la alegría? Solamente que cuando te fuiste a mí me pareció que tu vida se abría al futuro, y la mía, como tú decías, se quedaba en el presente continuo que tanto odiábamos de niñas. Pero nada de eso tiene ya el peso que pudo tener.

Me pasa contigo, Isabel, que como no te he vuelto a ver, me parece que sigues siendo joven, que eres la misma muchacha que me abrazó tan largamente en el aeropuerto de Maiquetía, rodeada de maletas y maletines y un ramo de flores que te había llevado no sé qué novio, y que supongo botaste en lo que pudiste desaparecer de nuestra vista. Somos exactamente de la misma edad, tú dos meses mayor. Y frente al espejo habrás tenido pensamientos muy similares a los míos a medida que las patas de gallo van rodeando los ojos, los muslos se ponen fofos, la peluquera sugiere un tinte, la cintura se ensancha, las manos se manchan, los senos se caen. No has tenido hijos, sería inconcebible que no lo hubieses dicho y eso no lo podemos compartir, aunque te aseguro que no es tampoco el misterio de felicidad incomprensible e intransmisible que nos contaron. No sé si has tenido marido, pero en todo caso habrás tenido hombres, y podremos si quieres hablar del asunto, o de los asuntos, porque tampoco Carlos ha sido mi única entrada en el diccionario. Habrás pasado una existencia interesante y conocido gente, claro que sí, muy especial, pero la verdad es que tampoco me ha ido mal y algunas personas dicen leer mis libros. Te habrás, en fin, felicitado mil veces por tu decisión de irte, y yo, pues, también me he felicitado por la decisión de quedarme. Esas decisiones nos hacían falta a las dos para llegar a ser nosotras mismas.

No. Una cosa es que Isabel me deba cartas, llamadas, encuentros, y otra que yo le adjudique un abandono que no es tal. Ella suspendió varios viajes a Venezuela, pero también es cierto que Carlos y yo hicimos un viaje a Europa y no le dijimos nada. Hubiésemos podido encontrarnos entonces. Quisimos que la distancia fuese la que ha sido y éste no es el momento de las recriminaciones. Isabel regresa a Caracas esta noche, eso es lo único cierto, lo único importante, lo único reconfortante. Estoy segura de que nos vamos a encontrar estupendas, que nos vamos a comparar con nuestras contemporáneas para concluir que somos las más bellas, las más inteligentes, las más divertidas, como hacíamos siempre que regresábamos de una fiesta. Nos vamos a burlar del mundo entero y mis hijos se van a quedar asombrados de escucharme reír porque consideran que su madre es un poco amargada.

Contra todo pesimismo hemos llegado al aeropuerto.
—¿Ve que no había que preocuparse? —dice mi conductor. Ya llegamos.
Miro la hora y afortunadamente estoy a tiempo.
—¿Cómo tiene pensado volver?
—¿Volver? —le repregunto sorprendida como si su idea fuese absurda.
—Regresar a Caracas.
—Claro, discúlpeme, estaba distraída. Bueno, pues... no sé, otro taxi.
—Si quiere la espero.
—Pero no sé si el avión está en hora, a lo mejor se retrasa.
—Me tomo un cafecito mientras tanto y descanso, el via-

je ha sido complicadito, ¿no? Yo la espero ahí —señala el estacionamiento de taxis—. Es que pasan muchas cosas, usted sabe, y bueno, ya usted es clienta mía -me alarga una tarjeta y veo su nombre.

—Ezequiel Ramírez. Ahí tiene el teléfono de la compañía y el del radio contacto para cualquier viaje que se le presente.

—La señora que vengo a buscar no tiene automóvil, así que a lo mejor durante un tiempo le hacen falta sus servicios.

—Estamos a la orden.

Corro entre la multitud, hay muchísima gente como había supuesto, porque están aterrizando varios aviones. Le pregunto a un maletero si ha llegado el avión de París y con un gesto me indica el tablero de Llegadas en el que comienza a titilar la luz del vuelo de Isabel. Experimento una conmoción muy fuerte, tengo taquicardia y unas ligeras ganas de vomitar. Me siento como una niña a quien por fin la vida le va a revelar lo absoluto. Me siento una adolescente que encuentra la respuesta de la totalidad. Me siento una joven abierta a la esperanza. Me siento, en fin, lo que soy, una mujer próxima a recibir el consuelo y la alegría de un afecto fundamental. Trato de sortear las cabezas que se oponen a que yo pueda distinguir a Isabel entre el gentío que adentro espera por sus maletas, alguien me mete un taconazo en el tobillo sin pedirme excusas y percibo un dolor, miro y me ha dejado una herida, pero es una herida leve, sin importancia. Nada puede arrancarme la felicidad. Dentro de pocos minutos Isabel habrá traspuesto esa puerta y entonces sabía que nos íbamos a abrazar, intuía que nos íbamos a abrazar como dos hermanas que éramos, como madre e hija, como dos hijas, como dos madres, como dos niñas que fuimos

juntas, que nos íbamos a abrazar muy largamente.

Espero hasta que el último pasajero haya pasado por delante de la puerta. El corredor de entrega de equipajes ha quedado desierto. ¿Era posible que Isabel hubiese salido sin que yo la viera?, a lo mejor eso es lo que ha ocurrido. Tengo una idea, me imagino que inútil pero decido ejecutarla. Me acerco al mostrador de la compañía y pregunto si tienen la lista de pasajeros del vuelo de París, sin esperanzas de obtener resultados, pero lo intento de todos modos. La auxiliar de tierra me dice que espere, y supongo que me dirá después que no tiene el listado a mano; me equivoco, en unos breves minutos reaparece con el listado. Vuelvo a suponer que está muy apurada y dándole un vistazo me dirá que no encuentra el nombre de Isabel, y me vuelvo a equivocar. Lo revisa varias veces y con mucha atención. No, no le cabe la menor duda, Isabel no ha viajado esta noche. Quizá soy yo, sugiere, la equivocada de día o de compañía. Le doy las gracias, segura de que mis equivocaciones son otras y cruzo la puerta de salida.

Siento el vaho de calor al quedar fuera del aire acondicionado. Estoy sorprendida, de pronto indefensa, vacilante. Cuando me dirijo a la cola de los taxis, Ezequiel me detiene.

—La llamé pero salió tan rápido que no me oyó.

Sigo a mi conductor por la acera del aeropuerto hasta donde ha detenido su automóvil. Me parece lejísimos.

—Es que no se puede uno parar en la cola de los taxis del aeropuerto, porque ellos tienen la prioridad, eso es un asunto que...

Conozco el asunto, me lo han explicado varias veces, sigo caminando junto a Ezequiel sin escucharlo y me subo al automóvil.

—No se preocupe por el problemita que tuvimos bajando. Me lo revisó un compañero y me dijo que aguanta un tiempo más. Por lo menos hasta Caracas nos aguanta —de pronto se voltea—. ¿Y qué pasó con la persona que venía a recibir?

—No llegó, me equivoqué de día.

—Caramba, pero ¿cómo se equivocó? Ahora va a tener que bajar otra vez.

No le contesto al regaño. En realidad, amable Ezequiel, tendría que explicarle a usted que no me equivoqué de día sino de persona. Que olvidé la reacción isabelina, la reacción que tanto me divertía en la infancia y que ahora me parece insoportable. La reacción de dejar a los demás colgados de la brocha. La reacción que me parecía conocer tan bien y que ahora me hace entender que lo que conocemos de las personas es sólo eso, sus “reacciones”, sus modos, sus manías, su “ella es como es”. Sus intemperancias, sus malcriadeces, sus aristas. Ese acostumbamiento al otro que nos hace decir, “lo conozco como medio liso”, “la conozco como si la hubiera parido”, “cuando viene, yo vengo”. Esas ideas preconcebidas que nos llevan a pensar que las madres conocen a sus hijos, los amigos a los amigos, las mujeres a los maridos, y las hermanas a las hermanas. Viví tantos años cerca de Isabel, en nuestra habitación “de las niñas”, la del baño rosado que compartíamos con Margarita, intercambiamos tantas veces la ropa, los discos, los perfumes y el maquillaje, los libros de cuentos y la carretilla de jardinero que me regaló mamá ese día de la piñata en que invité a Ingrid Horowitz. Peleamos tanto por los creyones, la casita de muñecas y unos títeres que le regalaron a Isabel el día de su primera comunión; conversamos tanto acerca

de los “levantes” que hacíamos en las fiestas, la música de las primeras discotecas, los amigos que se iban en los viajes de LSD para no regresar, la marihuana escondida en una cajita que nos había facilitado algún conectado con el *underground*, las primeras borracheras. Hicimos, en fin, una vida *tan* común que llegamos a la conclusión de que éramos un libro abierto la una para la otra, como dice, en efecto, el lugar común. Y dejamos de ver —o dejé *yo* de ver— que fuimos dos extrañas obligadas a convivir por efecto de la coincidencia. Del *trivial situation persuit* que nos unió, como nos une a todas nuestras circunstancias. Entonces, Isabel querida, me doy cuenta esta noche gracias a tu *no show* en el avión que debía traerte hasta aquí, que nada nos hace juntos salvo la mano que tira los dados. Y que es particularmente con los conocidos con quienes más podemos experimentar la sorpresa. Porque lo que acabas de hacer no tiene nombre.

Dejamos atrás las luces de Maiquetía y al pasar el peaje de la autopista la noche se hace impenetrable.

—¡Pero, qué oscuridad! —pienso en voz alta.

—¿Esto? Esto es una boca de lobo, señora. Aquí se han robado todos los bombillos.

—¡Qué peligro! —insisto.

—Lo que pasa es que uno se conoce esta autopista con los ojos cerrados, ahora, el que no la conozca se va por el barranco.

Me doy cuenta de que Ezequiel Ramírez comparte la teoría del conocimiento según la cual lo familiar es dominable. Fiera domada. Miro los perfiles de la montaña y los identifico como lomos de animales agazapados antes de saltar sobre su presa. Sombras temibles. Me parece atravesar un país lejano y misterioso como una leyenda de vampiros. Ten-

go de pronto la impresión de estar en un viaje al fin del mundo, recorriendo espacios devastados, abandonados por sus habitantes a las criaturas de la noche. Que no sé quién es este buen señor que me conduce ni por qué hago este trayecto, ni mucho menos cuál será nuestro destino. Es sólo por un instante, mi imaginación novelera se detiene y reconozco el familiar “boquerón” (ignoro por qué no fue llamado “túnel”) en el que apenas si algunos focos resisten.

—Y la cosa es que las luces altas las tengo un poco fallas...

Estoy harta de que Ezequiel me vaya revelando el estado de decrepitud de su automóvil a medida que las circunstancias van revelando que más que un taxi es una ruina que todavía rueda.

—... Pero eso es cosa de graduarlas.

—Ezequiel —decido encararlo—, ¿ustedes en la compañía no tienen un seguro o algo así que les permita arreglar los automóviles?

—Eso dice mi esposa, que arregle esta vaina, pero no estoy seguro del gasto, porque lo que yo quiero es retirarme. Retirarme y quedarme tranquilo. Ya he rodado mucho. Y si me meto en un gasto fuerte, entonces ya eso es algo que hay que pensar.

Salimos del boquerón y los faros del automóvil que va delante nos guían en la autopista. Me siento extraña de mí misma, como si de veras no supiera el camino.

—Por ejemplo, los viajes de noche ya yo no los quiero hacer. Tengo un defecto que me explicó el doctor del seguro, es algo de que se cierra la vista.

—Pérdida de visión nocturna. Con los años se disminuye el campo de visión lateral.

—Sí, eso es. Algo de la edad. Normal de la edad, pero un problema para mi profesión. Por eso ya los viajes fuera de Caracas no los hago. Esto, bueno, porque como le dije la autopista me la conozco sin verla.

—No, Ezequiel —le digo—, nada se conoce sin verlo.

Pensé que me contestaría pero no lo hizo. Comprendió que no hablaba para él. Si supiera usted, Ezequiel, los errores de dar las cosas por vistas. Yo, por ejemplo, me hubiera ahorrado este trayecto de rabia si me hubiese dado cuenta antes de que no conocemos el alma de quienes están demasiado cerca. Sólo las mañas, como usted se las conoce a su taxi. Las mañas con las que nos acostumbramos a convivir.

¿Que si habíamos *previsto* el 27 de febrero de 1989? Eso es lo que le preocupaba a Isabel, si dábamos por visto el acontecimiento, no tanto el acontecimiento en sí, sino la estúpida curiosidad de si lo previmos o no lo previmos. No, Isabel, no lo previmos como tampoco yo preví que tú me embarcabas esta noche. Ni previmos el golpe del 92, ni prevemos lo que esté por venir, como seguramente luego me escribirás diciéndome que se te presentó un inconveniente *imprevisto*, minutos antes de viajar.

Recordé que el año anterior había ido a buscar al aeropuerto a una joven crítica norteamericana interesada en la poesía venezolana de los 80. Me la había encomendado un amigo profesor para que la ayudara a situarse, ya que, me advirtió, nunca había salido de Estados Unidos, es decir, de la ciudad del *midwest* en la que había crecido, y más concretamente de la pequeña localidad en la que se encuentra la universidad donde había estudiado. Debía yo introducirla en los vericuetos del Tercer Mundo. Me acompañó una amiga poeta que sería su objeto de estudio y durante el camino

tratamos de ser guías iniciáticas de la joven académica. Escuchaba amablemente nuestros señalamientos pero notablemente nada le llamaba la atención. Quizás estaba cansada del viaje y lo único que quería era llegar a la habitación que le había reservado en un aparthotel. Parecía dar todo por visto, como si la autopista Caracas La Guaira fuese parte de sus recuerdos de infancia o correspondiese por completo a su imagen de lo que sería una carretera latinoamericana. Por el contrario nosotras, a lo mejor porque al establecernos como guías nos colocamos en la posición de observadoras, comenzamos a experimentar un malestar que sólo aumentaba a medida que transcurriamos. Únicamente los bombillos de los ranchos en las montañas iluminaban los cerros, de resto era un escenario fantasmal como el que recorría ahora. Llegamos a la ciudad y buscamos el aparthotel, de nuevo las calles se abrían como trazados que intuíamos más que reconocíamos. Unas luces amarillas indicaban el letrero de las residencias donde dejamos a nuestra académica, no sin antes constatar que su reservación estaba en orden. “Pero, qué oscura está Caracas —nos dijimos—, pero, cómo no nos habíamos dado cuenta.”

Así pues, cómo no me había dado cuenta de que Isabel no era la niña con la que conocí la casa del señor Laing, en cuyo torreón ella aseguraba se ocultaban misterios que nosotras revelaríamos. Ni la joven con la que sustraje la botella de whisky de papá para emborracharnos cuando Aretha Franklin se presentó en el Hipocampo. Ni la niña con la que sentía miedo cuando escuchábamos el rugido del león que se decía tenían nuestros vecinos naturalistas en su jardín. Ni la adolescente que compartió con mucha vergüenza sus primeros poemas conmigo. Ninguna de esas tonterías

estaban vigentes y yo debía ir a buscar al aeropuerto para saberlo. Yo había antepuesto todo mi amor por ella y había hecho de la frase “Isabel llega a Caracas esta noche” un compendio de felicidad. Ella, por el contrario, había comprendido que para recibir la herencia de tía Olga sólo necesitaba comunicarse con un banco, y quizá ya lo había hecho antes incluso de recibir mi carta.

Caracas nos sorprendió y Ezequiel tomó la vía para llegar a mi casa. Me depositó frente al edificio y me alargó de nuevo una tarjeta.

—Ya me dio una —le dije.

—Bueno, no está de más. Así cualquier viaje que se le presente me llama. O cuando venga el familiar que no llegó hoy.

—Arregle ese carro, cualquier día lo va a dejar tirado por ahí, y gracias por esperarme —le pagué y subí las escaleras.

Frente a la entrada del ascensor unos niños estaban montando patineta. Era sábado por la noche. Carlos Eduardo y Elena estaban sentados frente al televisor viendo una película de alquiler. El resto del apartamento estaba apagado y sentí la necesidad de encender todas las luces.

—Después que te fuiste llegó un fax de Isabel diciendo que había cancelado el viaje y que te llamaría por la noche. Traté de localizarte a través de la compañía de taxis pero no hubo forma.

—No te imaginas lo accidentado del viaje, el taxista dejó mucho tiempo apagado el radio contacto.

—Me parece inconcebible que Isabel haya hecho esto. No tiene justificación.

—Quizá la tiene, a lo mejor se le presentó un inconveniente.

—¿Veintidós años de inconvenientes? —Carlos Eduardo no estaba dispuesto a ceder—. Podía haberse tomado la molestia de avisar antes. Y sobre todo, si no quiere volver a este país que lo diga, tampoco es que la necesitamos.

—Yo sí la necesitaba —dije aguantándome las lágrimas.

—Me gustaría saber qué va a inventar ahora, porque lo de los controladores aéreos no aplica en este caso.

Me fui a la habitación, me desvestí y me acosté en la cama. Carlos Eduardo entró con el fax en la mano.

—No quiero leerlo, por lo menos ahora no.

Lo arrugó y lo botó en la papelería del baño. —De todos modos el texto es muy simple, “Imposible viajar hoy. Llamamos por la noche”.

—No me despiertes si llama. Me voy a dormir.

Pero la advertencia estaba de más. Isabel no llamó esa noche ni a la siguiente. Esperó al primero de enero, como todos los años, y ese primero de enero nosotros lo pasamos fuera de Caracas, así que sólo encontró la voz de la contestadora diciendo que si quería podía dejar su mensaje. Y eso fue lo que hizo. Dejó un mensaje de felicitación de año nuevo que decidí no contestar.

1996

